Seix Barral

Adriana Riva

Ruth

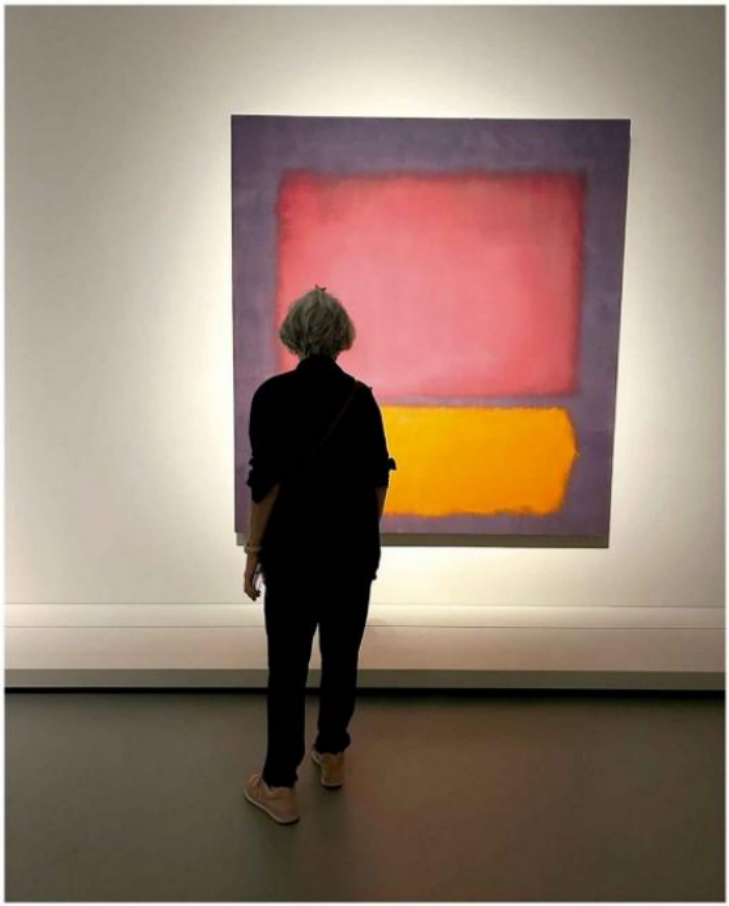


Table of Contents

Portadilla
Legales
Ruth

Ruth

Adriana Riva

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Ruth

Riva, Adriana
Ruth / Adriana Riva. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Seix Barral, 2024.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-631-6598-51-6
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2024, Adriana Riva

Todos los derechos reservados

© 2024, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Seix Barral®
Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.
info@ar.planetadelibros.com
www.planetadelibros.com.ar

1.ª edición digital: agosto de 2024
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-631-6598-51-6

No hay que tener algo que decir para hablar. Podemos solamente decir una cosa y luego otra cosa, así es como hablamos.

También me gusta escribir lo que pasa aunque no pase nada, pequeñas nadas.

Qué sentido tiene cuando ya no tenemos 18 años.

CHANTAL AKERMAN

Se puede demorar la muerte. Varias personas me lo han dicho: Fulanito esperó a que pasara el casamiento de su hijo; o bien: Menganito aguantó a que llegase su nieta, y entonces *sí* . Hasta el *sí* nomás dicen, no hace falta aclarar qué.

Uno de los primeros en retrasar la muerte fue el mensajero Filípides, que corrió más de cuarenta kilómetros de Maratón a Atenas para informar que los griegos habían vencido a los persas en batalla. Apenas escupió el mensaje, murió extenuado.

Lo último que tengamos para decir, al menos lo último, ¿valdrá la pena? Yo me inclino más bien por algo como: un vaso de agua, por favor.

Desde que murió mi marido, vivo en la cocina. Es el único lugar de este departamento donde me siento cómoda. Duermo y miro películas en mi cuarto, pero el resto del día me la paso sentada junto a la heladera, en camisón, estudiando movimientos artísticos, obras, mapas, palabras, fechas. Es mi manera de matar el tiempo, porque el tiempo se resiste a matarme.

Mi rama paterna es longeva: la abuela Fenia murió a los 93 años, la tía Jacinta a los 96, la tía Berta a los 102; los últimos diez los pasó apoltronada en un sofá, junto a una mesita de luz cubierta por un tapete verde musgo tejido a croché. No hablaba y apenas comía; la visitaba poco. En casa decían que de joven había sido una mujer despampanante, pero el tiempo la había reducido a un cuerpo ínfimo, inerte, que parecía de madera. Yo solo me acuerdo del tapete y del espanto que me producía su incapacidad para morir.

Nos cuesta partir. A mí, particularmente, me cuesta tanto como seguir. Pasan los años y no me acostumbro, pero dicen que en eso reside el encanto de la vida.

No cocino ni lavo ni hago ningún trabajo vinculado a las tareas del hogar, salvo preparar café instantáneo. Tomo varias tazas al día. Las amontono en la bacha y después Blanca las limpia.

Blanca trabaja por horas. Va y viene cuando quiere. A veces se

queda hasta la madrugada, hojeando un libro de cocina de dimensiones bíblicas. Últimamente ya no; también ella está gastada. Las dos nos encogimos varios centímetros. Me prepara algo para comer, ventila la casa y después se vuelve en colectivo a Montserrat, donde vive con una sobrina.

A Blanca la conozco desde hace más de cuarenta años, pero apenas hablamos. Ella no me pesa y yo no le peso a ella. Buen día señora, buen día Blanca, no mucho más. Cultivamos un entendimiento que prescinde del lenguaje.

Antes medía 1,71 metros. Desconozco mi altura actual.

En la cocina está el teléfono de línea. Tengo celular para enviar y recibir mensajes, pero para charlar prefiero usar el fijo, uno que tiene un cable en espiral con el que enrosco y desenrosco conversaciones. Mis dos hijos me llaman ahí. Mis amigas también. A la gente le gusta hablar. Cada vez que suena, en lugar de interrumpir el silencio, el cimbronazo parece medir la distancia entre el exterior y yo.

Mi hijo mayor, el abogado, me llama cuando está en el auto. Lo hace por la mañana, mientras maneja hasta la oficina.

Estás en el auto, le digo.

Sí, estoy en el auto, me responde.

Cuando estoy ocupada le pregunto ¿qué querés? y ¿algo más? Cuando estoy con tiempo me gusta hablar, pero entonces él me dice estoy llegando, te dejo, y me corta.

Mi otro hijo me llama cuando saca a pasear al perro. Me doy cuenta por la respiración agitada.

Estás paseando al perro, le digo.

Sí, estoy con el perro, me responde, y me pregunta qué hago. Quiere saber de mí.

Desde que murió su padre, me mira. Hablamos de esto y de aquello. Le pregunto por las nenas, tiene dos hijas. Me gustan los niños, pero también me aterran. Me mantengo lejos, fuera de su alcance, como rezan los medicamentos. Una de mis nietas me persigue, me dice *abuela* , una idea que le metió mi hijo en la cabeza.

A veces la idea es más real que la cosa.

Yo hablo para aplacar la desesperación que me produce vivir.

Y la espera; hablo para aplacar la espera.

Hoy tengo clase grupal de arte por zoom. Anoto lo que dice la profesora en uno de mis cuadernos. Tomo apuntes a los que jamás vuelvo. Siempre estoy escribiendo en cuadernos y papelitos. No tiro papeles hasta utilizarlos de ambos lados. No es por una cuestión ambientalista; no soporto la naturaleza, aunque los perros me encantan. Nunca tuve uno. El que tiene mi hijo es precioso, blanco y negro, de tamaño mediano. Cuando lo visito, el perro se me acerca y yo lo acaricio. Es suave. Le pregunté a mi hijo si lo bañaba seguido, me respondió que no, que su pelo es así.

Los gatos, en cambio, me erizan la piel. Hace poco mi nieta de 5 años me explicó que lo que no me gusta de los gatos es que, al tocarlos, uno puede sentir su esqueleto. ¿Cómo pudo saber ella lo que yo sentía? Ahora puedo decir por qué no me gustan los gatos: no me gustan los gatos porque son piel y huesos.

Tarea compleja la del mensajero. Antes estaba convencida de que la forma más directa y eficiente de transmitir algo era por escrito. Ya no. La escritura orienta y desorienta tanto como el título de un cuadro.

Mi íntima amiga Luisa dice que no entiende los mensajes que le mando por chat. El último fue: VIENDO UNA PELÍCULA IRANÍ OK OK TODO BRRRUM TA LUEGUITO.

Dice que prefiere hablar, que por escrito le grito incoherencias.

Uno de los artistas que vimos en clase opinó en una entrevista que la vejez llega de golpe y de manera inexorable. No estoy de acuerdo. La vejez es amorfa y avanza sigilosamente. Una deja de hacer cosas: esto no, esto tampoco, esto ni se te ocurra.

Yo dejé de manejar. Cuando mis hijos pasan por casa, les pido que bajen al garaje y durante un rato pongan el auto en marcha, para que no se estropee. A mi marido le encantaban los autos. Cada tres años cambiábamos de modelo. A mí me daba igual, lo que me gustaba era

dejar a mis hijos en sus actividades, estacionar en algún lado y quedarme leyendo adentro, en mi cuarto propio para pensar. Llevaba y traía y, en el medio, pensaba. Antes vivía arriba del auto. Ahora vivo en la cocina.

> *Franz Kline, brochazos negros sobre fondo blanco, parecidos a la corteza de un árbol que se desprende*

Mi hijo, el del perro, me llevó a un centro gubernamental de evaluación de discapacidad en San Telmo. Me dejó y se fue, estaba apurado.

Yo tenía turno para corroborar mi sordera moderada. Los médicos me la detectaron hace poco, porque a cada rato decía qué, qué, qué.

Salió bien. A la noche, le grité a mi hijo al teléfono: ¡Soy discapacitada!

Me dijeron que en unos días me van a dar unos audífonos y un certificado para poder estacionar libremente en la ciudad.

Tal vez vuelva a manejar. Dejé de hacerlo porque me costaba estacionar. Chocaba al de adelante y después al de atrás, al de adelante y al de atrás, así, hasta entrar. Una de mis nietas me dijo que parecía un dibujito animado. No quiero parecer un dibujito animado.

Helen Frankenthaler, campos de colores

Tres meses atrás me caí y me fracturé el codo izquierdo. Había tomado algunas pastillas de más para dormir y creo que por eso perdí el equilibrio y tropecé en el baño. Fui en taxi hasta el sanatorio. Me senté a esperar en una sala de guardia que estaba prácticamente vacía. En la televisión que colgaba de la pared pasaban una película mexicana. Era porno erótico. Le dije al hombre de seguridad que vigilaba: ¿usted vio lo que están pasando por televisión? El hombre dejó de mirar la pantalla de su celular y miró la de la pared.

Perdón, señora, se lo cambio, me dijo.

No, por favor, es buenísima, le respondí.

Me hicieron una radiografía. Tenía el codo quebrado y hubo que operar a la semana. Después, durante un mes, llevé un cabestrillo. Ya no ponen yeso.

A raíz de esa caída, me estoy haciendo estudios. Los primeros resultados dieron bien, salvo por el colesterol. Al igual que la longevidad, es un mal hereditario. No me preocupa. El colesterol bueno compensa el malo. Es lo más equilibrado que tengo. Mi hijo, el del perro, camina para bajar el colesterol. Camina, creo yo, para

frenar el día.

Llegaron más resultados y encontraron algo preocupante. El médico dijo que nunca había visto nada igual en cuarenta años de profesión. Al parecer, no tengo vitamina D en el cuerpo y, por tanto, no puedo absorber el calcio.

Sus huesos son de polvo; si usted se cae, se desintegra, me explicó.

Pero yo ya me caí y no me desintegré, le dije.

Tuvo suerte, me respondió.

Me dio para tomar una pastilla que no se puede partir. Una vez por semana tengo que tragarla entera, por la mañana, y esperar sentada una hora, porque trae mareo. Cuando pregunté durante cuánto tiempo tenía que tomarla, el médico me dijo: por el resto de su vida, lleva veinte años demorada.

Mi hijo, el del perro, trajo a mi nieta menor a casa por dos horas, sin previo aviso.

Suspendieron las clases en el jardín porque cortaron el agua, se justificó.

Nos sentó frente a la computadora y nos dejó viendo *Mi vecino Totoro* , mientras él se iba a una reunión de trabajo acá nomás. No me aclaró dónde es acá nomás.

La película estaba en japonés, subtitulada. Mi nieta todavía no sabe leer, pero cada vez que aparecían los subtítulos me decía exactamente lo que se leía en pantalla.

¡Llegamos!

¡La casa está embrujada!

¡Conejos de polvo! ¡Conejos de polvo!

¡Vamos a reírnos para alejar a los fantasmas!

Le pregunté, sorprendida, si se la sabía de memoria. Me respondió con las cejas en cuña que no, que ella entiende japonés.

Me canso de explicarle a mi hijo, el del perro, que ser jubilada no es solo tiempo libre. Tengo compromisos tan valiosos como los de cualquier persona que se jacta de tener que pasear al perro. Elijo no confesarle que ciertas tardes, incluso ciertas mañanas, el tiempo tiende

a la hipérbole y me resulta dolorosamente largo.

Hay husos horarios que nadie se animó a nombrar: están la mañana, el mediodía e, irremediablemente, llegan las tres de la tarde. Me sorprende en la cocina cuando estoy por tomar un café. Miro el reloj de la pared y las agujas forman un ángulo recto inclemente.

A las tres, la luz sigue siendo tan agotadora como a las once, a las doce, a la una.

A las tres, la luz no es oblicua o cálida o rosa, solo brillante, similar al acero. Con optimismo idiota, insiste en iluminarlo todo, cuando lo que yo quiero es que la casa, como en *Totoro* , se llene de conejos de polvo.

Pienso en el azul de Yves Klein, en su necesidad de crear un color trascendental. El azul Klein es puro resplandor, el color opuesto a lo que siento, y sin embargo me conduce al mismo vacío que hay en la casa de mi otro hijo, el abogado: tiró abajo tantas paredes para crear espacio que creó vacío.

¿Puede un color nombrar las tres de la tarde? Por el momento me alcanza con una onomatopeya: ahjjjj.

Nora me tuvo cuarenta minutos al teléfono. Hace medio año que no nos vemos. Antes era mi amiga más pedante, levantaba la nariz sobre el mundo entero, ahora está con problemas de dientes: su cuerpo rechaza los implantes, no hay prótesis dental que resista. Se gasta media jubilación en un odontólogo de apellido alemán impronunciable que tarda meses en darle turno. Cuando me estaba por cortar, me confesó que está a un paso de largar al teutón e irse al vaso; *plop y chau, a dormir* , así dijo.

Me pareció bien. Mi tía Jacinta empezó a usar dentadura postiza desde muy joven. Es cuestión de tiempo: al final, todos nos vamos al vaso.

El único plural que me alcanza es el de *judía* . Escucho el término y algo en mí resuena. Lo primero: pensar que no soy una buena judía. Lo segundo: pensar que eso es lo primero que dicen todos los judíos. Alguien, en un encuentro, definió el judaísmo por su geología: grietas, derrumbes, sedimentos sobre sedimentos y lava ardiente. Me apropié de esa idea y la volqué sobre mí misma: toda la vida me han brotado emociones que parecen venir de un pasado geológico, del centro de un volcán. Emociones que, en cuanto salen, pierden su incandescencia y se solidifican. Solo yo sé dónde se hospedan. No hay catástrofe a la vista.

A una nieta se lo explicaría así: hay personas a las que, cuando les preguntás cómo están, no dicen nada y hay otras que te dicen tengo cáncer. Yo soy de las que no dicen nada.

Poco para hacer, solo café y cocina. Avancé con un crucigrama del diario del domingo. *Atoar* , *parsec* , *Ur*… ¿De dónde salen tantas palabras?

Busqué información sobre la artista sueca Hilma af Klint.

Cada vez deseo menos, pero nunca alcanzo la felicidad de no desear. Todavía tengo querer: un chocolate, una película, flores.

En la verdulería encontré buenas bananas, un hallazgo.

Mi amiga Sonia me invitó al cine. Hubiese preferido quedarme en el departamento comiendo una tarta de choclo que me dejó Blanca, pero no me animé a rechazarla por tercera vez. Vimos una película sobre un pueblo en la provincia de Buenos Aires donde los habitantes se curan con curanderos, no hay doctores. Me acordé del juramento que hice cuando me recibí de médica clínica: *primum non nocere* ; ante todo, no dañar. Lo más sensato es mantenerse lejos.

A la salida nos cruzamos con dos matrimonios que conocía por mi marido. Los saludé con un cabeceo y apuré el paso. Sonia quería quedarse conversando con ellos, pero a mí ya no me gusta hablar con conocidos; aparentar interés es un acto tedioso. De refilón noté que la

mujer de uno tenía la cara sembrada de surcos profundos, parecía una vela derretida.

Mi hijo, el del perro, pasó por casa. No trajo a las nenas. Tomamos café en la cocina. Me hizo algunas preguntas. No le interesaron mis respuestas.

No me estás diciendo nada, me increpó.

¿Cómo voy a saber yo qué es lo que quiere que le diga?

No me reconozco en los espejos. Mi cuerpo parece una de esas bolsas de supermercado que te cortan la circulación de los dedos cuando las cargás. Además, me salen cosas: manchas, escamas, lunares, marcas de irreversibilidad que me asaltan a cada rato.

Prefiero no identificarme con lo que reflejo sino con aquello donde asiento la mirada. Hoy fue Aldo, el fumigador, un hombre con la cara amarilla. Fumigó los baños, la cocina, el lavadero. Yo lo seguía detrás, en camisón. Aldo conoce la casa de memoria. Le pregunté si había hecho el living, pero no me respondió. Tuve que insistir.

Que sí, señora, que ya lo hice, siempre lo hago.

Cada tanto creo ser invisible para los demás y resulta que solo es una mala jugada de mi sordera. No me animé a comentarle a Aldo sobre su bilirrubina.

A mi hijo, el abogado, le asusta el espacio. Me llamó desde el auto para decirme que no viese una película donde un astronauta pierde contacto con la Tierra y queda flotando a la deriva.

¿Qué es lo no te gusta del espacio?, le pregunté.

La negrura, me dijo, y cortó, estaba entrando a la oficina.

Es difícil comprender los miedos ajenos. A mí me da pavor la blancura, el exceso de luz. Tal vez le tememos a lo mismo: la falta o el exceso de luz son dos formas de ceguera; una sobrecoge, la otra deslumbra.

Hace un rato salí a comprar leche. Fui a la fila para jubilados. Éramos una larga hilera de bolsas pesadas. Cuando volví al departamento, por un instante creí que me había equivocado de casa.

No sé qué me confundió. Mi marido fruncía las cejas en señal de extrañeza cuando regresaba de trabajar. ¿Qué novedades por acá?, preguntaba al entrar. Los chicos eran chicos y yo pasaba horas encerrada con ellos, ya no ejercía. A veces el día duraba un pestañeo, a veces un siglo. Nos costaba un rato sintonizar, rearmar la familia. Después, fluía.

Pienso en las cejas fruncidas de mi marido y reflexiono sobre la imposibilidad de medir el tiempo, es demasiado personal y arbitrario.

Dos ejemplos: a la mañana tomé la pastilla que tengo que tragar entera y luego esperar una hora sentada. Se me hizo interminable: hacerla pasar me costó un crucigrama, la lectura completa de la sección Espectáculos y unas cuantas divagaciones mentales. Más tarde almorcé y me quedé dormida. Habrán sido a lo sumo cuarenta minutos, pero en ese lapso Blanca me dijo que Luisa llamó un par de veces para hablar conmigo. ¿Sigue durmiendo?, le preguntó la segunda vez. El tiempo se alarga para quienes esperan despiertos.

Anoche soñé con mi marido. Es la primera vez que lo sueño. No sé de qué iba. Me desperté pensando en él y supe que lo había soñado. Me gustó lo de la primera vez, pensé que no me quedaba ninguna de esas. Tardé en salir de la cama. Lo que más querría es prolongar el momento en que una abre los ojos y no sabe dónde está.

Me volví a caer. Estaba en la calle, a metros de casa, y tropecé con el cordón de la vereda. Mi hijo, el del perro, me llevó al sanatorio. Me preguntó cómo había sido la caída. El médico de guardia, un ecuatoriano de nariz aguileña, me preguntó lo mismo. Todos quieren saber el cómo.

Es importante la manera en que caemos, me bisbiseó el doctor mientras me revisaba.

Yo le respondí que siempre estuve cayendo, pero que esta vez fue distinto. Esta vez, le dije, toqué tierra.

Me fracturé el quinto metatarsiano del pie izquierdo. Tengo que usar una bota ortopédica por tres semanas.

Otra del tiempo: la primera vez que viajé a Europa tenía 31 años.

Me fui un mes, con un grupo de médicos. Visitamos Italia, España y Portugal. Recorrimos museos, castillos, plazas, catacumbas, restaurantes, cuartos de hotel, torres, canales, puentes, catedrales. Cuando me reincorporé al trabajo, me crucé en el pasillo del hospital con una enfermera. Faltó ayer, doctora, ¿no?, me dijo al pasar.

Mi amiga Lili, que como buena inmigrante rusa mastica las sílabas al hablar, cree que todo ya ocurrió. Por eso, en la Biblia, Sara puede dar a luz a Isaac a los 100 años. Avanzamos hasta futuros remotos y después retrocedemos para volver a empezar. Es una linda teoría. Ahora, la pobre Lili lleva lela tres años.

Mi hijo, el abogado, empezó natación. Es buen nadador. De chico, lo llevaba a una pileta dos veces por semana después del colegio. Cuando salía del agua era otra persona: un ser de cloro, con pliegues en las yemas y moretones alrededor de los ojos. ¡Devuélvanme a mi hijo!, pensaba, mientras él se alejaba por el pasillo con la toalla al hombro.

La pileta lo relaja, dice que bajo el agua refresca la vista.

¿Qué ves ahí abajo?, quise saber.

Una línea recta y negra.

A mí las piletas me producen el mismo asco que los cubrecamas de hotel. Nunca aprendí a nadar. Puedo flotar un rato. Después, me hundo.

Mi hijo, el del perro, vino de visita con sus hijas a casa. Trajeron medialunas, acá no hay mucho para comer. Calentamos agua y pusimos la mesa para merendar. Escuché que mi nieta menor le decía a mi nieta mayor que estaba muy emocionada porque se iban a ir de viaje. La mayor, para ponerla a prueba, le preguntó qué significaba la palabra *emocionada* . La menor le respondió: es cuando decís ¡qué bueno, qué bueno, qué bueno!

Cuando se fueron, una dijo: chau, viejita. Sin bajar la voz, la otra la reprendió enfrente mío: ¡shhh, no le digas así!

Luisa hizo una fiesta para celebrar sus ochenta. Lo que más la

preocupaba era el baile. Yo me perdí fiesta y baile. Mi excusa: fractura del metatarsiano del pie izquierdo. ¡Gracias metatarsiano!

Robert Motherwell, blanco y negro/ birrete del torero

Constantin Brâncuşi, la columna infinita

Los artistas tienen la capacidad de ver antes que el resto. Viven adelantados a su tiempo. Hilma af Klint nunca expuso en vida. Es más, dispuso que sus cuadros no debían mostrarse hasta varios años después de su muerte. Yo nunca pude adelantarme al mundo. Voy detrás, rezagada y con la lengua afuera.

Mi amiga Fanni está prácticamente sorda, así que en lugar de hablar por teléfono me escribe por chat unos mensajes larguísimos que firma al final con su nombre, como si fuesen cartas:

Querida, me encuentro en una situación absurda: hace unos días me apuré para cruzar Las Heras y me caí. Mitad de mi cuerpo se desplomó en la vereda y mitad en la calle. El brazo derecho, con el que intenté protegerme la cabeza, se fracturó. En ese momento no lo supe, porque no me dolía. Me socorrió mi peluquero, la persona que vive más cerca del lugar de mi caída, a quien llamé y vino en el acto. Me alzó como si fuese una pluma, me sentó en la confitería de la esquina y desde ahí llamó a mi hija, que estaba en el trabajo. Cuando llegó, me llevó al Fernández y ahí nos enteramos, por medio de una radiografía, de que me había fracturado. Me vendaron y me dijeron que me van a tener que operar en unos días. Mi hija se va a quedar en casa hasta tanto, para ayudarme. Me gustaría hablar con el médico que me va a operar, pero mi hija dijo que no hace falta. Así están las cosas. Estoy muy molesta. Medio abrazo, FANNY

Fanni… *OY VEY IZ MIR!!!* AY, POBRE DE MÍ!!! Te acordás? Hay que pasarlo, yo me fracturé dos veces en lo que va del año, hasta hace unas semanas andaba con una bota, es lógico que te duela.

Querida, claro que me acuerdo, a veces aún tarareo en ídish. Pero a mí no me duele el brazo, lo que me molesta es la sensación de que ya no puedo tomar decisiones por mi cuenta, así que le voy a escribir a mi psicoterapeuta, que está al tanto de mi caída, para ver cómo logro no sentirme tan irritada por las decisiones que toman los demás sobre mí como si yo no tuviera ni voz ni voto. ¿Vos qué te fracturaste? No desaparezcas por favor, FANNY

Primero, el codo izquierdo. Después, el quinto metatarsiano izquierdo. En el ínterin, algún que otro fármaco…

Querida, ¿cómo fue lo del codo? Lo del quinto metatarsiano suena a

personaje de guerra de otro planeta, algo así como: ¡Cuidado! ¡Invasión del Quinto Metatarsiano! FANNY

Fanni es diez años mayor que yo. Cuando éramos estudiantes, ella de Filosofía y yo de Medicina, me llevaba la delantera en todo. Yo le andaba detrás como una hermana menor tímida, confusa, torpe. Vivíamos en la misma residencia y ella me señalaba el mundo. Ahora lleva años congelada, literalmente: a cada rato me dice que tiene las manos frías, los pies hechos cubito. Yo le respondo que siempre tuve frío. Recordar nuestros años de juventud es como asomarse a un precipicio. O, para no ser tan dramática, diría que cuanto más lejano es el recuerdo más parecido a un sueño. ¿Realmente fuimos esas?

Dos días más tarde, los mensajes empezaron otra vez:

Querida, hoy a la mañana, más temprano, cuando me desperté para prepararme un té, fui a la cocina y enseguida apareció mi hija en bata, con el pelo canoso y despeinado. Me asusté. No tanto por su aspecto, sino porque pensé: ¿cómo me verá ella a mí? Mi psicoterapeuta me aconsejó concentrarme en mi recuperación. Pssss. ¿Para eso le pago tanto? Salvo con vos, ando parca. Parca, qué palabra extraña. Hasta pronto, FANNY

Querida, amigas y parientes me mandan mensajes con pocas palabras y muchos dibujos. Las palabras han sido desplazadas por esos dibujos, algunos graciosos, pero no los prefiero. Cariños, FANNY

Querida, aún no me entablillaron el brazo. Mi hija da vueltas por casa con una computadora muy flaquita y me controla demasiado. Mañana me internan en el sanatorio para pasar la noche ahí. Yo no creo que sea necesario, pero me aguanto para no pelear. Me asignaron el hospital de mi obra social. ¿Será una habitación compartida? Qué incordio, FANNY

Fanniiii, Rivotril lo mejor!!!

Querida, ¿qué es Rivotril? Y se escribe FannY. FANNY

Y después:

Querida, la operación fue un éxito. Mi hija quiere que use bastón cuando vuelva a salir sola. No sé qué haré, quizá resulte elegante. FANNY

Querida, mi hija insiste con el bastón. Dice que es un artículo que da mucha distinción y sirve para que nadie me lleve puesta. No se me había ocurrido lo de la distinción, puede que sea cierto, pero para que eso funcione tendría que ir acompañado de la ropa adecuada y la actitud, y ya se complica demasiado. No creo que use bastón. Además, estoy convencida de que no me daría seguridad alguna; más bien caminaría pendiente del bastón y esa no es manera de llevarlo. Aparecé en algún momento, FANNY

Fanni acá estoy, estás? El bastón es 1 tema, 1 incordio, 1 día te paso a ver. CHAUUUU

Luisa me consiguió un psiquiatra, el doctor Schussheim. Acepté ir a verlo porque atiende a tres cuadras de casa.

La última vez que fui a terapia tenía 35 años. Después conocí a mi marido y dejé de ir porque a él no le parecía necesario. Años más tarde, cuando le sugerí que nuestro hijo, aún lejos de ser abogado, fuese a un psicólogo, no se opuso. Dijo que él podía llevarlo los sábados por la mañana. Cuando llegó el primer sábado, encontré a mi marido leyendo el diario en el living. Se había olvidado del turno. A la tercera sesión, mi hijo dejó terapia.

Me sobrevuelan pensamientos que se anudan justo cuando están por llegar a una conclusión. Por ejemplo: ¿podemos desplegar nuestra verdadera identidad únicamente donde nadie nos conoce o es al revés? No siempre entiendo lo que pienso. En mi cabeza se libran batallas sin bando ganador; las abandono por pereza.

El doctor Schussheim es un hombre mayor. En su consultorio tiene un póster enmarcado de la pipa de René Magritte, una ventana que da un pulmón de manzana inmenso y una alfombra persa de dudosa limpieza.

Me preguntó por mi madre, por mi padre, por mi marido, por mis hijos.

¿Qué dice en ese florero detrás suyo, que no alcanzo a leer?, le pregunté yo.

El doctor Schussheim me dijo que vivir es un cincuenta por ciento de osadía y otro cincuenta por ciento de impotencia. No coincido en los porcentajes, pero no quise contradecirlo. Me recetó pastillas para levantarme el ánimo. Las compré antes de volver a casa, en la farmacia de la vuelta. Cuando entré al departamento, dejé las cajas en la frutera de vidrio de la cocina, junto al resto de mis blísteres. No puedo creer que aún no exista una píldora para la felicidad.

Ayer nos reunimos en la casa de mi hijo, el del perro. Almorzamos

pasta con vino en el jardín. Mis nietas estaban con amigas y corretearon hasta que una se lastimó con una rama. El perro no se despegó de mi lado. Le acaricié la cabeza. El jardín estaba hecho una hermosura. Rosas chinas, agapantos, una santa rita fucsia.

Cuando llegó el postre, yo ya no estaba ahí; el recuerdo me sacó volando de la mesa. Nadie se enteró, andaban ocupados con la conversación, los platos, las nenas.

Mi marido compraba flores todos los domingos en el puesto de la esquina de casa, azucenas y calas, unos ramos con tanto porte que cuando los ponía en el living parecían invitados de honor. Yo no compro flores. Me olvido de cuánto me gustan hasta que las veo en un jardín y pienso que tengo que volver a comprar. El pasado me sobreviene con mansedumbre. Cada tanto, sin embargo, lo hace como una hiena voraz, con los hombros echados hacia adelante y las fauces abiertas.

¿No vas a comer postre?, me dijo mi nieta, con las comisuras manchadas de merengue.

No, le respondí.

¿No qué? ¿Escuchaste la pregunta? A veces no escuchás nada.

Hoy me crucé en el ascensor con María Victoria, mi vecina desde hace tres décadas. Está tan encorvada que tardó una eternidad en mirarme a la cara. Me dijo algo que no pesqué, le respondí algo intrascendente. Cuando llegamos a la planta baja, salimos a la vereda y la vi alejarse con pasos diminutos.

Confundo nombres, citas, fechas, lugares. Pienso Susan Sontag y digo Susan Sarandon. Después me entra la duda. Pienso que dije Susan Sontag porque era el nombre que quería mencionar, pero al escuchar el mensaje de voz que envié me doy cuenta de que dije Susan Sarandon y me río. Sé lo que quiero decir pero a veces me salen disparates.

Existen otras cosas, en cambio, que jamás he logrado desenredar. Son siempre las mismas: metáfora y metonimia, Eurípides y Esquilo, De Niro y Al Pacino, los artistas de la escuela argentina. Me da vergüenza reconocerlo en público, porque los estudié mil veces y mil

veces los volví a mezclar: Schiaffino, Sívori, De la Cárcova. No sé cuál es cuál, ni quién pintó qué. Es difícil rastrear el origen de ciertas confusiones.

Empecé a tomar una droga que era de mi marido. Se la recetaron cuando aún estaba lúcido pero ya no podía levantarse de la cama. Tomaba dos pastillas por la mañana que le permitían sobrevivir al resto del día. Yo tomé un cachito de un comprimido la semana pasada y tuve un sacudón de dicha que me aturdió. Ahora, cuando estoy caída, tomo un cuarto. Las pastillas llevan cinco años vencidas; mi marido, seis años muerto.

Consumo drogas desde que tengo memoria. Cuando estudiaba medicina, tomaba anfetaminas, eran de venta libre. Las noches antes de rendir no dormía. A la mañana siguiente daba el examen con una lucidez apabullante. En el trayecto de vuelta a casa, olvidaba lo aprendido. Llegaba y dormía doce o trece horas de corrido. Una vez llegué a dormir quince horas seguidas. Me desperté con una sed terrible. Desde entonces, duermo con un vaso con soda sobre la mesa de luz. Desde entonces, también, tengo problemas de sueño que combato con somníferos.

No sé exactamente qué hace mi hijo, el abogado. No entiendo de cláusulas ni contratos y prefiero no pedirle explicaciones, la incomprensión me intimida. Él se ocupa de mis cuentas, mis gastos, el cobro de dos alquileres que me permiten vivir tranquila. Nunca le conocí una pareja y, aunque me gustaría preguntarle sobre ciertos temas, sé que no lo voy a hacer. Nos une la familiar sensación de extrañeza. Con mi hijo, el del perro, pasa otro tanto. Cuando los veo no estoy segura de dónde salieron ni cómo desembocaron en esos cuerpos.

Voy a comprar mi primera obra de arte. Es de una pintora argentina que vive en Tierra del Fuego. La vi en una galería hace unas semanas y no me la puedo sacar de la cabeza. Se lo conté a mi hijo, el del perro. Me preguntó cómo era la obra.

Es un cuadro blanco, con puntas que sobresalen de objetos ocultos bajo la nieve.

¿Y qué es lo que te gusta de eso?

Que está a un paso de la abstracción, a un paso de no ser nada.

Me dijo que no lo convencía.

Creo que no supe explicarle bien por qué me atrae el cuadro. Hubiese querido corregir esa conversación que tuvimos y haberle dicho: lo que me gusta de ese cuadro es que me genera el mismo alivio que volar. Cuando el avión despega, ya nada depende de uno, estamos entregados, no hay más que hacer.

Tampoco lo hubiese convencido así, porque mi hijo, el del perro, les tiene pánico a los aviones. Viaja agarrado a los apoyabrazos y cargado de supersticiones para que el avión no se caiga: lo toca antes de subir, no mira por las ventanillas, no ingiere líquidos, no habla con absolutamente nadie hasta volver a tocar tierra firme. Ayer se fue de vacaciones con sus hijas y me llamaron desde Ezeiza para despedirse. Le pregunté a mi nieta menor si estaba emocionada.

¡Sí, sí, sí!, me respondió.

De fondo escuché que mi hijo le decía cortá, es hora de embarcar.

Cada vez puedo explicar menos cosas. Como los dolores que me aquejan.

Alguien me aprieta el corazón.

Eso le dije al médico de la guardia esta madrugada, después de pasar la noche en vela. Me recetó calmantes. Le expliqué que no era una metáfora, sino una sensación física, una mano que me aprieta el músculo y me traba la respiración por unos segundos. Me extendió una orden para un electrocardiograma.

Louise Nevelson, hierro oscuro, armarios

Mark di Suvero, vigas T rojas colocadas en formato truc, truc, truc

En clase vimos la obra *Angelus Novus* , de Paul Klee. El cuadro muestra un ángel con las alas extendidas, los ojos desencajados y la

boca abierta, que clava la mirada en el pasado mientras se aleja hacia el futuro. Walter Benjamin se lo compró a Klee y lo llevó con él hasta su muerte. La profesora dijo que para Benjamin el ángel representa la historia misma: es el salto hacia el futuro junto con la incapacidad de despegarse del pasado. También dijo que no se sabe si el ángel es hombre o mujer, tiene una especie de pollerita y a la vez un triángulo similar a un falo.

Es un lindo pajarito, opinó una alumna con la cámara apagada.

¿Miramos atrás porque necesitamos un punto de referencia, porque tenemos grandes raíces, porque es lo conocido? La profesora habló de un pueblo precolombino que situaba el pasado adelante, a la vista, y el futuro detrás, una incógnita.

Supongo que el arte es la manifestación de la ambigüedad. Todo es una cosa y podría ser otra.

Mi hijo, el abogado, me ayudó a cambiar el fondo de pantalla de mi computadora: antes tenía una obra de Kazimir Malévich. Ahora tengo una de Klee.

A los 5 años escuché por primera vez que alguien había muerto. Se trataba de mi *zeide* . En el pueblo, su muerte se transformó en murmullo. No sabía qué pensar. No tenía idea de qué significaba el fin de una persona. Aún hoy no sé qué es la muerte, salvo parte intrínseca, casi diaria, de la vida.

Como médica, vi morir a muchas personas. Muertes clínicas, hechos fatales, incluso casos de estudio, pero no me costó ni una hora entender que fue la muerte de mi marido la que inició la mía. Desde que él no está, me volví diminuta para el mundo, como los pasos de mi vecina.

En la fila de jubilados del supermercado, los cuerpos bolsudos de todos los miércoles. Era día de descuento. Dos hombres, tres mujeres, un hombre. Séptima estaba yo. Los rasgos del aburrimiento en los siete. Le achaqué la culpa a las ofertas de la semana, no entusiasmaban. Igual llevé dos frascos de café, el segundo al 50% de descuento. Los guardé en la despensa de casa junto a otros cuatro frascos más. Mi hijo, el abogado, dice que acumulo frascos de café

como si fuese sobreviviente de la guerra.

No es así, en absoluto, le digo.

Pero es exactamente así.

Consulto atlas para ubicar pueblos, ciudades, ríos, mares. El léxico geográfico es bellísimo: ensenada, fiordo, istmo, bofedal. Una *albufera* es una laguna salada de poca profundidad ubicada al costado del océano, que se conecta con el mar pero está separada por una franja de arena.

Lo busqué recién. Sabía lo que significaba *albufera* , pero no me acordaba.

Tengo que buscar una y otra vez las definiciones de lo que me rodea, empezando por mí.

Tengo 82 años, tengo 82 años, tengo 82 años.

Por más veces que me lo repita, no hay manera de que lo recuerde, menos aún de que me lo crea.

En la heladera, dos huevos duros y una ensalada de apio y zanahoria rallada que me dejó Blanca. Para el fin de semana anunciaron una fuerte baja de temperatura. El verano se dio por vencido.

Tomé la pastilla de la mañana y me senté en la cocina a escuchar *Dido y Eneas* , una hermosura. La ópera es el máximo emblema del arte. Eso dijo un director de orquesta en un documental y coincido: la ópera es tan irreal, tan absurda, que todo puede ocurrir. El artificio, además, permite lo pretencioso. Por ejemplo: que se cante en lugar de que se hable.

Lloré con el *Lamento de Dido* , una de mis arias preferidas. A media mañana tomé un ansiolítico. Me llamó mi hijo, el abogado, y le tarareé una parte para ver si lo reconocía. Me dijo que no. Soy pésima tarareando.

Cuando digo que soy judía, varios comentan, como gran halago: ¿en serio? No parecés. Es increíble lo mucho que se puede aprender de una persona en cuanto abre la boca.

Mi hijo, el del perro, se queja de que no es judío porque no celebramos las fiestas, como si fuese posible dejar de serlo, como si alcanzara con no comer *gefilte fish* .

Mi marido no era judío. Era peronista. Opinaba que judíos y peronistas eran difíciles de definir y fáciles de señalar. Yo, con la voz estrangulada, le aclaraba: judío se nace.

Hoy le expliqué al doctor Schussheim que, mientras sigo siendo yo misma, soy también esto otro.

¿Qué otro?, quiso saber.

Le mostré el dorso de mis manos, cubiertas de manchas color cobre. Las manchas en sí no me asustan, me asusta lo que representan. Como no decía nada, agregué: ¿no dice nada?

Sonrió y extendió sus manos. Tenían el mismo mar de lentejas que las mías.

Luisa jura y perjura que se siente mejor que nunca, mejor que a los sesenta, que a los cuarenta, que a los veinte. Cree que si se siente joven, es joven.

Yo creo que es imposible sentirse vigorosa con un cuerpo en ruinas, por más pequeñas que sean. Las uñas, por ejemplo, crecen cada vez más blandas, ¿cómo puede alguien aferrarse a la vida con uñitas de recién nacido?

Además, está la mirada ajena, el punto de vista del otro al que terminamos por rendirnos. Cuando me cruzo con alguien a quien no veo hace años, me horrorizo: tanta piel despegada me hace pensar en aludes. Habitamos cuerpos que ya no ofrecen protección.

Blanca salvó una vida. Estábamos las dos en la cocina, haciendo la lista del supermercado, y entre *media docena de huevos* y *galletitas de agua* dijo que escuchaba gritos. Hice silencio. No oí nada, estaba sin audífonos, me los entregaron hace semanas pero todavía no me acostumbro a usarlos. Ella insistió y fuimos a abrir la puerta principal, de donde provenían los supuestos chillidos. Era cierto. Mi vecina María Victoria se había quedado encerrada en el ascensor y gritaba ¿Hay alguien ahí? ¡Soy María Victoria, la del quinto! ¡¿Hay alguien ahí?!

Blanca la tranquilizó mientras llamábamos al encargado, que tardó cuarenta minutos en sacarla. Cuando por fin salió, me invitó a tomar algo a su departamento. Le dije que no hacía falta, que no había nada que agradecer.

Estaba con ganas de un trago, pero me contuve, a ver si después de años de prudente distancia a María Victoria se le ocurre que podemos ser amigas.

Mi hijo, el del perro, está preocupado por mí, quiere que salga más, que cambie de actitud, que haga más. Me dio un sermón de media hora, una diarrea verbal.

Le respondí que la vida sería mucho más tolerable si no fuese por las diversiones.

Me cortó el teléfono, justo terminaba el paseo de su perro.

Estoy agotada de hacer por presión. Siento que viví toda la vida con un edificio sobre la cabeza. Solo una vez fui pluma: habíamos salido a cenar en Madrid con mi marido y no sé a raíz de qué discutimos. Supongo que vendría de un mal día y de pronto dije basta,

me cansé, me voy; quedate con el departamento, con el auto, con los chicos, estoy harta. Lo descoloqué por completo. Agarré mi abrigo y dejé el restaurante. Volví caminando al hotel, eran pocas cuadras. Dormí profundamente.

Al día siguiente, me regaló un vestido de organza y volvimos al ruedo.

Miento, sí me acuerdo el motivo de la discusión: yo quería pedir un Negroni y él no me dejó. Pidió dos Martinis.

Lo que me gusta de Hilma af Klint es que me llena de asombro. A pesar de lo incomprensible. O, tal vez, precisamente por eso. Pasé la tarde mirando sus obras en Internet. Dicen que hay una muestra estupenda de ella en el Guggenheim de Nueva York, pero ya no me animo a viajar. Podría tropezar en Quinta Avenida. No quiero volver a tropezar, menos aún en Quinta Avenida. Llevo años achicando el mundo.

Eduardo Basualdo, negro

Richard Serra, pesadez

Fuimos con Luisa a ver *Fausto* al Colón. Una maravilla de cuatro horas. Luisa se durmió en el primer acto. Se despertó sobre el final, con el tiro que le pega Fausto a Valentín. ¿Qué fue eso? ¿Qué fue eso? La miré y me reí. Parecía uno de esos chicos a los que arrastran a la ópera, duermen de corrido hasta que cae el telón y recién entonces se incorporan y aplauden a rabiar.

A la salida, picamos algo en un bar de mala muerte sobre Corrientes. Luisa me pidió que le contase la ópera.

Es un novelón, le dije.

¿Leíste el libro?, me interpeló.

No, por supuesto que no, es un tocote así, y separé en el aire el dedo gordo del índice lo más que pude, a modo de justificación.

Contame, contame desde el principio, insistió, mientras engullía un queso.

Resulta que Fausto está al final de la vida y se pregunta por el

sentido de la existencia. ¿Qué chiste de mal gusto es esto? ¿Quién dirige esta función? ¿Qué vale la pena? *Rien!* , grita. Así empieza, con la nada. Entonces aparece Mefistófeles y hace un trato con él, la típica. Fausto le pide juventud y amor. Y bueno, las cosas le salen mal.

Yo también le pediría juventud al diablo, ¿vos no?, me preguntó.

De ninguna manera. Le pediría que me deje en paz, no quiero tener nada que ver con el más allá.

¿No te gustaría volver a ser joven, ser niña, volver a la casa de tu infancia?

De golpe, mientras la miraba comer, me sobrevino el recuerdo de una tarde en el pueblo. Tendría 4 o 5 años y vivía en bombacha de acá para allá, los chicos andábamos casi desnudos. Pero aquel día, mientras cruzaba la plaza principal, me di cuenta de que me faltaba ropa, sentí la necesidad de taparme. Fue la primera vez que tomé conciencia de que tenía algo que ocultar.

¿Y? ¿En qué estás pensando? Te me fuiste.

¿Para qué insistir, Luisa? Por más veces que revivas algo, igual pasa, no existe ni siquiera una tarde que te puedas llevar.

¿Y el anillo enorme qué simbolizaba?

Se refería a una esfera metálica que estaba plantada en medio del escenario. Nunca la quitaron. Estuvo ahí los cinco actos.

No sé, no tengo idea. ¿Y la luna que cuelga cada noche qué significa? Somos brutas, alcanzamos hasta el argumento nomás. Solo nos queda confiar en la emoción.

Cuando salimos del bar, lloviznaba. Me dormí a las dos de la mañana.

Le conté al doctor Schussheim una de mis nuevas pesadillas recurrentes: estoy en la calle y de golpe siento los pies atados al piso, no puedo avanzar. Le pregunté qué interpretación hacía de eso.

¿Usted qué cree?, me dijo, replicando la sabiduría de ciertos rabinos que responden a una pregunta con otra, un arte ancestral.

Le confesé que mi marido solía tener una pesadilla aún más terrible: soñaba que le inmovilizaban los pies con cemento y después lo tiraban al agua.

¡A la flauta!, me respondió el doctor, e inmediatamente: ¿y usted

qué cree?

Blanca me dejó una tortilla de papa. Mi hijo, el abogado, pasó de sorpresa por casa a la hora del almuerzo. Improvisé una mesa con dos individuales de bambú, una panera con traviatas y una botella de vino blanco que llevaba días abierta.

Se quejó del punto de la tortilla, comió todas sus galletitas. Bostezó varias veces, estaba cansado. Le ofrecí tirarse a dormir un rato en algún sillón, pero se negó.

Akshan, akshan , le dije.

Me preguntó qué significaba.

Cabeza dura, terco, obstinado.

¿Cómo se escribe?

Levanté los hombros. No tengo idea, nunca aprendí a escribir en ídish.

Cuando se estaba yendo, desde el ascensor me dijo ponete derecha, estás cada día más encorvada, y me tiró un beso.

Olvidé mencionarle a Luisa la parte de la luz en Fausto: cuando Margarita muere, pegando un grito frenético al cielo, una luz glacial inunda el escenario y se la lleva. Me asusté. En lo más hondo de esa luz casi se podía palpar la nada, viva, intensa, real, la escarcha de la que estamos hechos.

Me visitaron mis nietas. Trajeron una mochila con juguetes y lápices para colorear porque mi hijo, el del perro, dice que de lo contrario en casa se aburren y no las puede dejar. Le pedí que no se demorara más de una hora en buscarlas porque tenía que salir a hacer las compras. En cuanto se fue, la más chica, que tiene 5 o 6 años, me pidió que me quedase quieta en la silla para poder retratarme.

Antes de empezar, le saqué punta a sus lápices; no tolero lápices sin punta.

Me retrató rapidísimo. Cuando terminó, me lo mostró: un rostro con los ojos rasgados y medio bizcos, un punto para la nariz, una raya recta para la boca. Me enseñó otros dibujos que tenía en su mochila: en todos, los mismos ojos rasgados, la repetición de un concepto casi

como una droga. Pensé que de sus limitaciones había creado un estilo, una genialidad.

El retrato no se parecía a mí, salvo por el pelo: un tirabuzón de cada lado. No estaba y a la vez estaba en ese dibujo, como si no me hubiese necesitado para hacerlo y a la vez sí; como si en lugar de haberme copiado, me hubiese vuelto a presentar.

Cuando mi hijo pasó a buscarlas, le pregunté por qué mi nieta retrata a las personas con los ojos rasgados. Me explicó que su mejor amiga se llama Seo Yong y es coreana.

Compré mi primer cuadro, el de la artista de Tierra del Fuego. La galería me lo hizo llegar con un experto que se dedica a colgar e instalar obras. Por teléfono, me habían informado que el hombre se llamaba Mario, a secas; a modo de apellido, aclararon que era un empleado de hace muchos años. Imaginé una persona vieja, pero cuando llegó me pareció joven. Entre sus manos masculinas y a la vez suaves, de muñecas frágiles, sostenía el cuadro.

¿Dónde lo quiere?

En la cocina.

Me devolvió una sonrisa cómplice y franca, pese a sus dientes estropeados.

Alguna vez medí 1,71 metros, pesé 59 kilos y no tuve observaciones de ningún tipo. Lo sé porque encontré una ficha médica mía en el interior de un cuaderno. Año: 1969.

Fanni volvió a la carga:

Querida, acá ando, convaleciente. Mi hija se fue de casa, pero a cada rato me trae provisiones que no pedí y que me dan trabajo para que no se estropeen. Sus visitas son siempre rápidas, nunca hablamos ni dos palabras. De todas formas, si mi hija se quedara más tiempo tampoco hablaríamos porque no nos parecemos mucho. Bueno, dejo de protestar y prepararé el pescado que trajo, hasta luego. Ojalá nos veamos pronto, FANNY

Querida, ¿cuándo nos vemos?, ¿dónde podría ser? No puedo contarte por mensaje todo lo que me gustaría contarte. Por ejemplo, que mi hija me vigila como un halcón (¿los halcones vigilan? ¿Qué?). No puedo salir a ningún lado. Hoy le dije que dejara de tratarme como una discapacitada, me siento presa. Solo miro tele, releo libros y en general me siento bastante bien. Me queda poca gente para conversar y no me interesa hacer amistades nuevas. Al menos no he engordado, ¡sería dramático!, FANNY

Fanni, acá estoy… Los halcones son lo PEORRRRR,
el ¿fascista? de Netanyahu a la cabeza!! Qué vigilan?
TODOOO. A vos y a mi incluidas, no me cabe la menor duda. Y si vamos a aquel café sobre Pueyrredón, cerca de tu casa?

Días más tarde:

Querida, perdón la hora pero me despierto temprano, me gustaría dormir más. No sé a qué café te referís y entre tanto desapareciste de nuevo. Estoy acostumbrada; desde hace años, tantos que no quiero ni contar, has sido igual, ya aparecerás. Creo que nos conocimos en 1963 o por ahí cerca. Anoche vi algo horrible en la tele y aún no entiendo lo que era, no sé a quién preguntarle porque no sé qué era lo que estaba mirando. Besos, FANNY

Querida, ¡¡¡el mensaje que te mandé más temprano era la respuesta a

uno tuyo de hace varios días que me quedó sin enviar!!! Este es actual, de hoy, aunque no estoy muy segura de la fecha, ¿estamos a jueves ya? Tengo ganas de verte. ¿Vos cómo andás? Yo ni quiero mirarme al espejo. FANNY

Somos dos, Fanni, somos dos…

Me llamó Mume, una amiga de la juventud. Hablamos cada tanto, nos vemos cada tantísimo. Sin saludarme me contó que se está muriendo.

Tenemos ocho mil años, Mume, por supuesto que nos estamos muriendo.

¡A mí qué me importa el resto! ¡*Yo* no me quiero morir!

Le recomendé que se tomara algo.

Me respondió que ya se había tomado un Paracetamol, pero que se moría igual.

No de esto, Mume, ya te lo expliqué mil veces, no de esto.

Me pidió que hablase más lento, porque está sorda.

Yo también estoy sorda, le dije. No me entendió. Estaba comiendo un yogurt y no podía modular.

Te corto, me dijo. ¿Vos estás bien?

Mejor. Estoy con psicotrópicos.

¿Con quién estás?

Mume se está muriendo desde que la conozco. Tiene tumores benignos que se le reproducen por el cuerpo. O sea: no tiene nada.

A los 9 años dejé de hablarle a mi padre. Lo trataba lo mínimo, pero no le hablaba realmente. Ocho años después, se murió de un ataque al corazón. No sé con exactitud por qué dejé de dirigirle la palabra, ya no lo admiraba y me enfurecí. Tampoco sé si él se dio cuenta alguna vez de que su hija había dejado de hablarle. Mi madre no tenía carácter. Era solo una buena mujer.

Le conté eso al doctor Schussheim en la sesión de anteayer. Le pregunté si no se aburría con historias así.

¿Así cómo?

Así, sin principio ni fin.

El doctor golpeó sus pestañas, como las muñecas de antes. Lo hizo una, dos, tres veces. Fue confuso: mi confesión, su respuesta.

Mi marido era del bando romano. Se sabía los nombres de sus doce emperadores gracias a una regla mnemotécnica. Decía

CEAUTICA CLAUNEGALO VIVESTIDO y enseguida largaba la lista. Estaba orgulloso de eso. Yo me trabo después de Nerón, pero vuelvo a esa frase como a un oráculo.

Cada vez que pienso en mi marido lleva la cara que tenía a los 70. Huesuda y un poco rosácea, con las mismas cejas espantadas que Jack Nicholson. Por más esfuerzo que haga, no logro recordarlo de joven, salvo cuando hojeo los álbumes de fotos, que son subjetividad pura; el recorte del recorte del recorte. El tiempo lo fue enterrando.

Yo también estoy un poco enterrada, le dije a Luisa al teléfono.

No digas eso, me respondió, aunque sea cierto, no lo digas, da impresión.

Si me quedo quieta, muy quieta, casi puedo sentir el polvo acumulándose sobre mis hombros. El polvo y la caspa.

Pensé que eran las tres. Miré el reloj y eran las dos. Al rato pensé que eran las cuatro y eran las tres. Imposible sortear las tres.

Cy Twombly, garabatos, mamarrachos

Almorcé tarta de zapallitos recalentada. *Twombly transmite la misma sensación de incertidumbre que el inasible ciclo de los paisajes acuáticos de Monet* , leí.

Intenté sin éxito definir *inasible* .

Cuando mis hijos preguntaban por el significado de una palabra, mi marido se las actuaba gesticulando con las manos. Después yo intentaba sumar algo, porque me parecía que sus definiciones eran inexactas, pero tampoco daba en la tecla. Las palabras tienen una tendencia a la evasión, muestran y esconden.

Estoy siempre pensando las mismas cosas, por eso no me interesa lo que pienso.

Marc Chagall, judío. Amedeo Modigliani, judío. Robert Frank, judío. Robert Capa, judío. Camille Pissarro, judío. Mark Rothko, judío. Lee Krasner, judía. Frank Auerbach, judío. Sonia Delaunay, judía.

Annie Leibovitz, judía. Sol Lewitt, judío. Grete Stern, judía. Lucian Freud, judío. Roy Lichtenstein, judío. Aby Warburg, ¡qué divino!, judío. Diane Arbus, judía. Ronald B. Kitaj, judío. Man Ray, judío. Alex Katz, judío. Richard Avedon, judío.

Aby Warburg, el resumen de todo lo que el ser humano sabe; terminó en un loquero

Mientras revolvía su café con una mano y pescaba miguitas de medialuna con la otra, Luisa definió *inasible* como lo que no se puede atrapar. Estábamos en la confitería de un shopping. Le dije que su definición era buena, pero imprecisa. Me planteó que todas las palabras, en tal caso, son justamente *inasibles* : no alcanzan lo que nombran. A veces enaltecen, a veces degradan.

No se puede calcar la realidad, el fin de las palabras es aproximativo. Como los mapas, cumplen la misma función, me explicó.

Era tarde, pero igual pedimos otra promoción de medialunas.

En Japón, los poetas no califican, le retruqué. No dicen gato orondo, mar espumoso, rana verde.

¿Qué dicen, entonces?

Dicen rana y la rana contiene todos sus adjetivos. Reproducen un objeto con una única palabra.

Luisa chistó, incrédula.

Salimos agarradas en jarra y caminamos hasta el estacionamiento. Le pregunté dónde había dejado el auto. Se encogió de hombros. Caminamos juntas por la lápida de cemento durante un buen rato, hasta dar con el coche. Estaba en otro piso.

Fui al MALBA, a ver una muestra de Yente. Me paré frente a un cuadro y ahí quedé, hipnotizada por el tejido de azules y rojos.

Miscelánea del museo:

• Los cuadros no tienen punto final, como los libros, ni créditos, como las películas; no se sabe cuándo terminan. Lo que a mí podría llevarme el día entero, a otros les lleva cinco

minutos.

• Mis hijos, de chicos, recorrían las salas de los museos como si siguieran arriba de sus patinetas. En uno de nuestros viajes a Nueva York, dijeron que lo que más les había gustado del Metropolitan era el Templo de Dendur: una única obra de más de 20 metros en todo el salón. Apremiados por avanzar y sacarse el primer piso de encima, me gritaban *Next!* , *next!* , como si fuesen cajeros de un local de comida rápida.

• En los cuadros está todo ahí, al mismo tiempo, y cada cual elige cómo leerlo: de izquierda a derecha, de arriba abajo, del centro hacia afuera, de una pincelada a otra. Son obras de libre circulación. Me paso horas mirando un cuadro y nunca logro conquistarlo. Igual que el Klee de mi fondo de pantalla.

• Me acerqué a leer el nombre del tejido de Yente. Se llamaba *Composición con curvas* . Los títulos, especialmente en el arte moderno, no sirven para nada, incluso desvían. Igual insisten en ponerlos: *S/t* .

• Me ocurre otro tanto con las caras de desconocidos. Los imagino de una manera y después, cuando busco fotos, me desilusiono. Imaginación y realidad rara vez convergen, y las caras se devoran al personaje. Tremendos títulos las caras. Me pasó hace poquito con un escritor: en mi cabeza tenía la imagen de un tipo de pestañas espesas y nariz griega, y verlo en una solapa me mató: era un señor mofletudo.

• Cuando estoy en un museo, me desvelan los otros. ¿Qué alcanzan a comprender que yo no? ¿Qué es lo que aprecian? Es como cuando alguien saca fotos en la calle. Inmediatamente intento saber a qué apunta. Siento una curiosidad inmensa por ver lo que ven los demás.

• Después de Yente quise ir al baño, pero entré por error a una

sala donde se exponían bocetos en carbonilla de un artista que no logré reconocer. Estaban en una vitrina. Parecían figurines humanos dando saltos en un jardín, ¿era un jardín? Los bocetos son puro potencial, puro deseo, igual que los niños. La obra terminada, que colgaba de la pared, me dejó sabor a poco. Ahí sí se veía, claramente, un jardín.

• En la tienda del museo hojeé un libro sobre arte contemporáneo brasilero. La tapa era la imagen de un cuadro geométrico, compuesto por medialunas rojas y blancas superpuestas. Sobre ese patrón, cuatro puntos negros, sueltos. Se lo alcancé a la vendedora y le pregunté qué veía, porque yo solo lograba ver sombrillas, parecía la Bristol. La chica me miró confundida, agarró el libro, lo hojeó y me respondió que el cuadro se titula *Puntos cardinales* . Me sentí estúpida por no ver. Después, un poco para disculparme por mi tontera y otro poco por interés, le pregunté el precio del libro.

• A mis hijos, de chicos, los avergonzaba que yo les hiciera preguntas a extraños.

• ¿Qué hacen las estrellas? Brillan. Y parpadean. Brillan. Y tiemblan.

• Ah, Yente, por supuesto, judía.

En la sala de espera de la clínica había dos viejos sentados; parecían estar ahí desde siempre, como si fuesen parte del decorado. Ocupé la silla más alejada que pude y aguardé mi turno mirando el techo.

A ver ahí. A ver ahí. A ver ahí. Así me fue guiando el muchacho de la obra social que me atendió para regular los audífonos. Era un chico menudito, de pelo oscuro y ojos ácidos, como si acabase de chupar un limón.

Es difícil regular los aparatos para cada circunstancia. Cuando voy a una cena, en lugar de escuchar a quienes hablan, oigo el tintineo de

los cubiertos, los carraspeos, el arrastre de las sillas. Cuando digo algo, no sé si estoy susurrando o gritando. En casa, en cambio, suenan caños, electrodomésticos, mis huesos. La soledad amplificada.

Le dije al muchacho que los agudos eran insoportables.

Me los bajó un poco.

A ver, ¿ahí?

Más.

¿Ahí?

Más.

¿Ahí?

Más.

Mi hijo, el abogado, se fue de viaje por tres semanas. Hablamos solo una vez. Le pregunté por el clima y por los precios. También qué comió.

Ayer lo soñé por segunda noche consecutiva. Caminábamos hasta una plaza y él se trepaba al tobogán. Yo le decía que ya estaba grande para eso, pero él no me escuchaba. Ahí arriba parecía visible para el mundo entero y sonreía. Desde abajo, yo miraba sus orejas de azucarera, las mismas que tiene desde que nació.

Frank Auerbach, un retorcido tremendo

Giorgio Morandi, potiches, no se parece a nadie y nadie se parece a él; favorito

Luisa me arrastró a una cena en un restaurante con otras seis mujeres mayores. Un grupo ecléctico, a esta edad se junta lo que queda.

Entre todas debíamos sumar un milenio y sin embargo tuve la sensación de que ninguna de ellas había vivido, tenían el pelo y las uñas impecables. Hablaron de política y noticias, un rosario de opiniones superfluas. Yo casi no escuché ni me importó escuchar lo que decían. Cada vez me siento más extranjera entre la gente.

Me llamaron la atención las manos de la mujer raquítica sentada a mi derecha. A cada rato se las frotaba como si quisieran destrozarse una a la otra. Las mías, en cambio, se mantuvieron toda la cena sobre la mesa, estupefactas.

Cuando nos despedimos, la raquítica miró hacia afuera y comentó que las nubes se estaban acumulando. Lo dijo ofuscada, como si el mal tiempo fuese para ella una ofensa personal.

Hablé por teléfono con Sonia. Tenía la voz tomada por un resfrío. También tenía el ánimo por el piso. Está convencida de que vivimos en el peor de los tiempos, los previos a la catástrofe.

Anuncian el fin de la Tierra para mediados de siglo, nosotras ya no

vamos a estar, pero esto es mucho peor, la antesala, me explicó.

Algo similar ocurrió en los años 20 y 30, ese período de entreguerras que fue el hall de entrada al horror nazi.

Hace mucho, en México, fui a una muestra de un artista que consistía en un cuarto enorme, desocupado, en el que las paredes estaban pintadas de azul Prusia, un color hermoso. Entrabas y no sabías dónde estabas. Después, la explicación: ese azul es el color que quedó impregnado en las paredes de las cámaras de Auschwitz, el color que dejó el gas Zyklon B.

Vemos solo lo que queremos, lo que somos.

En terapia, le hablé al doctor Schussheim de mi hijo, el abogado. Le dije que los padres luchamos contra nuestros hijos, pero es una lucha desigual, porque uno no les quiere ganar.

¿Entonces?, preguntó.

Entonces, simplemente los jodemos.

La primera vez que proyectaron una película en mi pueblo fue a sala llena, nadie antes había ido al cine. Recuerdo una única toma, la de un tranvía en blanco y negro que avanzaba derechito derechito hacia el público. Todos extendimos los brazos hacia adelante, con las manos abiertas, para intentar frenarlo. Estábamos aterrados. No sabíamos lo maravilloso que podía ser el cine.

Le compartí por teléfono a Luisa la charla con el doctor Schussheim. Le pareció una idea incompleta, porque la lucha es vital: no hay vida donde no hay lucha. El tema es dónde trazamos la raya.

Después me dijo que quiere que alguien le explique el cielo, no puede ser que solo veamos las Tres Marías y la Cruz del Sur.

Le conté el mito de la Vía Láctea: por orden de Zeus, Hermes puso a Hércules en el regazo de Hera mientras la diosa dormía, para que pudiera beber su leche y lograr la inmortalidad. Pero cuando Hera despertó, se pegó tal julepe, que un chorro salió despedido y se estampó en la negrura.

Luisa me dijo que ella nunca pudo amamantar.

Yo le respondí que el cielo me produce alegría y desaliento.

Leí un artículo sobre arte figurativo, en el que se referían a Lucian Freud como «el nieto del creador del psicoanálisis». Pobre tipo, por más cuadros fantásticos que haya pintado, siempre fue y será, en primer lugar, el nieto de Freud.

Pienso en los hijos de Freud, ¿qué hicieron de sus vidas? Con semejante padre, ¿qué habrán sido? ¿Apicultores?

Sobre el final del artículo, se decía que «el pequeño Sigmund» pasó su infancia en Moravia. No pude evitar la risa. ¿Pequeño? ¿Sigmund? Imposible imaginar a Freud pequeño incluso de pequeño; para mí, nació con barba, anteojos y habano.

Mi nieta menor me dio un regalo por el día de la abuela, una tarjeta que le mandaron hacer en el jardín. Me recordó a la cajera del supermercado, que me deseó un buen día. Siempre me desea un buen día, está obligada a hacerlo. También está obligada a ofrecerme la promoción de la semana: dos obleas cubiertas de chocolate por el precio de una. La llevé.

Le pregunté a mi nieta qué era el dibujo de la tarjeta, ¿un monstruo?

Me miró decepcionada.

¡Es *Totoro* !

¿Quién?

¡*Totoro* , el de la película!

Recién entonces lo reconocí, lo había olvidado por completo. Mi nieta aprende y yo desaprendo, estamos en las antípodas de la vida.

En agradecimiento, quise darle algo a cambio, pero no encontré qué. ¿Cómo es posible que ya no tenga nada para dar? Cuando se estaba por ir, me acordé de las obleas cubiertas de chocolate. Busqué en mi cartera y le regalé una.

A la noche, le dije a mi hijo, el del perro, que quería volver a ver *Totoro* con mi nieta.

¿A tu edad querés ver eso?, preguntó.

¿Por qué no? Y en todo caso, ¿qué es la edad?

Cuando mi hijo, el abogado, volvió de su viaje, me sorprendió en casa haciendo un crucigrama. Le convidé café y se sentó conmigo para

terminarlo. Me ayudó con una palabra de cuatro letras, otra de ocho, una de tres. Casi sobre el final, nos dimos cuenta de que algo estaba mal. Nos sorprendió a ambos lo mucho que habíamos podido avanzar sin notar el error. No pudimos identificar la palabra que nos desvió.

¿Heredad? ¿Sin aptitud? ¿Quinta hija de Juana Azurduy?

Lo dejamos así, mal parido.

Antes de irse, me dio una caja de bombones que compró en el aeropuerto. Agarré dos y le pedí que se la llevara.

Si me la dejás, me la como en una tarde, le advertí. Por suerte, me la dejó.

Se murió mi vecina María Victoria de un ataque al corazón. Ocurrió ayer, un día corriente, un día cualquiera en el que quizá, por costumbre, mientras tomaba café en su cocina, olvidó que podía morir.

Como no respondía al teléfono, uno de sus hijos pasó a verla y la encontró en su cama. Pensé que había muerto mientras dormía, pero el encargado me comentó que tenía los ojos abiertos cuando el hijo la encontró.

¿Se habrá dado cuenta María Victoria de que se estaba muriendo? Sospecho que alcanzó a sentir el asombro y el espanto, pero apuesto a que no se supo muerta, porque en eso, sin duda, se parecen la vejez y la muerte: en que son actos irrealizables. Son los otros quienes nos ven primero viejos y después, muertos.

Yo vi a María Victoria eterna y mañana la voy a ver muerta: el velorio es a las 11. Aún no decidí qué ropa usar.

Nunca entendí eso de la esperanza. No hay nada que esperar. Según la mitología griega, cuando Pandora abrió la caja que contenía todos los males, dejó escapar el hambre, la enfermedad, la miseria y un montón de otros horrores, salvo la esperanza. Ahora bien, ¿qué hacía la esperanza en una caja de males? Pandora salvó al peor de todos.

Lo que empuja a seguir adelante es la incertidumbre; la duda es el motor de la vida.

Pasé media tarde haciendo órdenes médicas. Alprazolam y clonazepam. A veces, zolpidem. Para Luisa, para las otras, para Mongopicho, para mí. También para Blanca, que me pide los mismos medicamentos desde hace veinte años.

Yo no pregunto ni cuestiono. Hace décadas que no ejerzo; la única práctica que me queda es la de sellar, firmar y entregar órdenes con letra de araña.

El otoño pasó de largo sin avisar. Hoy es 22 de junio y tengo las manos heladas. Me las froté como si estuviera urdiendo un plan maquiavélico. Después tomé dos tazas grandes de café.

Aún no logro saber qué es lo que hace que Hilma af Klint sea Hilma af Klint.

Hoy tocó la pastilla de los huesos. Sigue siendo tan asquerosa como el primer día que la tomé y como el agua con la que la trago. El agua me aburre. Completé el crucigrama pero tuve dudas y caí en la cuenta de que ya no hay nadie a quien preguntarle las cosas del pasado. Las tías murieron, mi marido murió, Fanni permanece.

Hola Fanni, cómo se llamaba el libro ese de los setenta, uno de dos franceses que hablaban de restos de otras civilizaciones, *La hora de…* ? Sos la única que se podría acordar…

Querida, mi memoria no es lo que era, a veces creo que es una bendición y otras una maldición, pero intentaré refrescarla. Creo que tengo una idea de un título que empezaba así. Cariños, FANNY

Querida, fui a una librería amiga en busca de libros nuevos que me interesen y de paso pregunté por las civilizaciones, pero el hombre no encontró nada sobre el tema con 2 autores, tampoco con 1. Solo algo que se llama Choque de civilizaciones*, no retuve el nombre exacto porque me lo anotó en un papel y ahora no encuentro el papel. Cariños, FANNY*

Creo que era *El retorno de los brujos* …

Ah, bueno, querida, ¡igualito a algo de civilizaciones! El retorno de los brujos *tiene, efectivamente, dos autores: Jacques Bergier y Louis Pauwels. Me encanta cómo lo trabajaron: uno proporcionaba el material (libros, datos, casos) y el otro redactaba. La obra tiene muchos temas y uno era las civilizaciones desaparecidas. Es genial todo esto, ¿cierto? FANNY*

Querida, me compré otro camisón, porque vivo en camisón. Mi hija cumplió años y le regalé un llavero precioso de plata. ¿Podés creer que me lo devolvió diciendo «es muy difícil ser yo, los llaveros me pesan en los bolsillos»? Qué maleducada. No quiero darte una mala idea de ella porque en general nos llevamos bien, salvo cuando está de mal humor y me acusa de tardar en abrirle la puerta o de no tener las galletitas que le gustan. ¿Qué te parece si nos vemos esta semana? FANNY

Yo también vivo en camisón, podremos vernos en camisón? Sería una manera sencilla de reconocernos en la confitería. Tengo tantas manchas en las manos que me parezco a mi tía Jacinta, esas manos con las que apretaba los saquitos de té para sacarles tres tazas. Te la acordás?

Querida, ¡la tía Jacinta! La tenía olvidada y de pronto la recuerdo muy bien. Se pasaba el día recostada en el sofá y nosotras no sabíamos qué tenía.

Era la que se vanagloriaba de que ningún hombre la había besado. Murió hace un par de años. Ya no queda ninguna de mis tías. El sofá

de dónde?

Querida, el sofá de la calle Esmeralda. Y no creo que se vanagloriase de eso, lo lamentaba. ¿Murió? Oh, pobre Jacinta, tan falta de romances. Quiero que nos veamos, porque los comentarios no se detienen en mi cabeza y no puedo escribirlos todos. FANNY

Querida, estoy reponiéndome de otra caída, esta vez en mi propia pieza. Tengo un moretón en la frente, con un corte arriba del ojo izquierdo. ¡Es mejor andar por la calle! Agradezco a Dios que aún me funcionan las rodillas, la cadera y la cabeza. Yo creo que inventamos a Dios para que al menos alguien vea todo lo que no somos capaces de ver, ¿cierto? Hasta lueguito, FANNY

Ay, Fanni, a veces pienso que nacimos únicamente para caer, perdón la depre. También mis nietas se caen como el agua, pero a ellas no les pasa nada.

Después de ducharme, se me soltó la toalla y sin querer me miré desnuda en el espejo de cuerpo entero que tengo en el baño. Por un momento creí que era uno de esos espejos distorsionados que solía haber en los parques de diversiones, esos en los que una se veía enana y rechoncha, o alargada y chupada. Nunca me parecieron divertidos, dan miedo. Por suerte no existe dónde reflejar la deformidad psíquica, con la física alcanza y sobra.

Mi hijo, el del perro, me llamó mientras estaba terminando un crucigrama. Me preguntó si los hacía porque me gustaban o si me los quería sacar de encima.

Un poco y un poco, le respondí.

Me pidió que ahondara en ambas ideas, pero no supe cómo hacerlo, vivo en la imprecisión. Se ofendió y volvió a insistir con eso de que soy escurridiza.

La edad no necesariamente trae sabiduría y lucidez, solo la edad misma, le dije para que me dejara de hinchar.

Antes de cortar, le pedí ayuda con *linaje de una persona ilustre* , ocho letras.

¿Prosapia?

La pastilla que tengo que tomar una vez por semana huele horrible y no resbala.

Salí con Luisa a tomar un café y hablamos sobre el suicidio. Ninguna tendría el coraje de hacerlo, yo incluso siento pereza. Buscamos alternativas y coincidimos en que solo seríamos capaces de tomar pastillas.

Vos podrías recetarlas, ¿no?, me dijo mientras agarraba el vasito de soda.

Fue una charla breve, no tenemos intención alguna de suicidarnos. Sería una pena hacerlo ahora, después de haber aguantado tantos años, casi una vergüenza, y sin duda un incordio para los conocidos. Lo que ocurre es que salvo en la Biblia, donde unos cuantos tienen

ciento y pico o más, vivir tanto es una falta de respeto, es casi de mala educación.

Luisa me contó que, desde que tiene memoria, cada vez que se sube con el coche a una autopista elevada, tiene el impulso de maniobrar y arrojarse al vacío.

¡Cómo no tenerlo! Es lo más sensato. También coincidimos en eso.

En clase de arte vimos la obra del estadounidense Paul McCarthy. Nos centramos en una escultura monumental de un tren mecánico, que muestra a dos mellizos George W. Bush copulando con cerdos. Los Bush están desnudos, calzan botas texanas y cada uno monta un cerdo.

¿Preguntas?, dijo la profesora.

Arte abyecto al palo, comentó la única alumna joven del grupo.

¿Al qué, perdón?, se le escapó a alguien por ahí.

Yo quise saber de qué material estaban hechos los Bush y los cerdos. Eran de color rosa chicloso, repulsivo.

Mientras negaba con la cabeza, una compañera dijo que ella no pondría una obra de McCarthy en su living.

Tratemos de no pensar el arte en función de nuestro living, le respondió la profesora.

Pasé el resto del día tratando de entender por qué produce tanto rechazo ver en una obra la porquería del mundo. El asco es parte de la vida, está ahí, en cada esquina, es una ridiculez querer ocultarlo.

El arte abyecto deja al descubierto el terror a la incomodidad, es todo lo que la gente no quiere ver. Por ejemplo: a mí, desnuda.

No pondría arte de ningún tipo en mi living. Es más: si tuviese que diseñar una casa, no gastaría metros en un living. Parece mentira, la gente se obsesiona con ese espacio que significa *vivir* y en el que, paradójicamente, nunca hay nadie. Está en penumbras, medio boludón. En cambio, la cocina, qué lugar.

David Smith, herrero antropomórfico

Isamu Noguchi, piedras con alguna cara pulida

Cada vez hago menos de lo que detesto hacer y no siento culpa. Salgo solo cuando tengo ganas, devuelvo pocos llamados, me baño a veces. Me obligo a menos, y está bien así. El doctor Schussheim me dijo que está bien así.

También dejé de tomar alcohol, porque sé cómo termina.

¡Me asombran esos mercaderes de vino! Con el dinero que obtienen, ¿qué mejor podrían comprar?

No puedo retener ni un titular del diario, pero ese verso del *Rubaiyat* , de Omar Khayyam, que recitaba mi marido, se va conmigo a la tumba.

Nora me llamó desesperada para preguntarme por el almuerzo de cumpleaños de Sonia. Me aseguró que le aburría horrores, pero quería saber por qué no la había invitado. Decime, ¿te mencionó algo a vos? ¿Qué sabés?

Antes Nora tenía la costumbre de llegar ligeramente tarde a las reuniones, nunca verdaderamente tarde, y recién cuando ella aparecía, los encuentros cobraban vida. Ahora que el colorete le cuelga de las mejillas da igual a qué hora llegue; incluso da igual si llega.

¿Será porque yo no invité a Sonia a la comida de la semana pasada?, insistió.

Cuando estaba por decir lo que no hace falta decir, Nora se dio cuenta de cómo venía la mano y cambió de tema.

Parece que refresca el fin de semana, cuidate, che, y cortó.

Si Sonia no me hubiese invitado a mí, no habría sabido si sentirme ofendida o aliviada. Me inclino por aliviada, cuando salgo solo quiero volver.

Unas cuantas religiones consideran al cerdo un animal impuro, sucio. Cuánta inmundicia desperdiciada. Blanca le dice chancho al cerdo. ¿Preparo chancho, señora? Así lo llama, no le da aires de cerdo al chancho.

Mi hijo, el del perro, me llamó para preguntarme qué estaba haciendo.

Tomando café, le respondí.

Me gusta cuando sos así, me dijo.

¿Así como?

Concreta.

¿Y, si no, cómo soy?

Ramificada.

¿Y vos, qué haces?

Paseo al perro.

Ya lo sabía, pero cada tanto me gusta confirmar cosas, creer que estamos comunicados.

Te dejo, me dijo, estoy entrando a casa.

Eso también lo sabía, en su voz se escuchaba el apremio por cortar.

Cuando mi hijo, el abogado, volvió al país después de años en Inglaterra, cada vez que tocaba el timbre y yo preguntaba ¿quién es?, él respondía *es* tu hijo. Había perdido la conjugación.

Creo que el inglés no distingue entre *ser* y *estar* . Yo siento que *soy* cuando *estoy* en la cocina.

Desde que murió mi marido, no volví a prender las luces del living y creo que sería ideal poner una cama junto a la heladera.

Otro día soleado. Esta seguidilla de días hermosos me está matando. Cuesta encerrarse, hacer únicamente lo que a una le gusta.

Salí a comprar berro. Cuando volví, la oscuridad se apretaba contra las ventanas.

A mi marido lo conocí por casualidad, en una fiesta repleta de humo. Yo ni siquiera estaba invitada, fui en reemplazo de una amiga, no tenía nada mejor que hacer. Él tenía que tomar un avión, pero su vuelo se canceló por niebla y llegó cuando la noche estaba viciada. Charlamos poco, lo suficiente como para intercambiar teléfonos.

Las cosas suceden de manera misteriosa. No es que las merezcamos o no, a veces es cuestión de suerte. Querría encontrar una conexión, algún significado para lo que fuimos, pero solo veo una fiesta repleta de humo.

John Currin, caras lindas con narices respingadas y, de golpe, una asquerosidad

Antoni Tàpies, no logro verlo, me ciega; solo distingo su X, que es una T

El cuadro que compré me acompaña en la cocina. Cuanto más lo miro, más sorprendente lo encuentro.

Qué envidia la facilidad con la que ciertos objetos encuentran refugio. En eso pensé esta tarde, en las ganas de ser mesa, pava, cuadro.

Las tres principales ideas que revolucionaron el siglo XX fueron el marxismo, el psicoanálisis y la teoría de la relatividad. Marx, Freud y Einstein. Los tres, judíos.

A mis siete, viajé en auto a San Juan. Íbamos a visitar a unos parientes que vivían en un paraje sobre la cordillera. Para llegar, nos adentramos en una cuesta por un camino de tierra. Manejaba mi padre, un Ford 40 rojo que era su máximo orgullo.

Era un día diáfano, apenas una que otra nube atravesaba el cielo. Cuanto más ascendíamos, más sinuoso y cerrado era el camino. Nos habían advertido sobre guanacos sueltos, pero no fue un guanaco lo que se nos cruzó. Fue un puma. Apareció de golpe, en una de las curvas, y cuando mi padre intentó esquivarlo, el auto desbarrancó. Caímos varios metros por la pendiente, primero a los tumbos y luego dando vueltas hasta chocar contra un arbusto que nos atajó. Contra todo pronóstico, salimos ilesos los tres, solo raspaduras y algún que otro corte menor, pero yo perdí el habla.

¿Estás bien? ¿Estás bien? ¿Estás bien?

Volvimos a casa. Mi madre me llevó a médicos de todo tipo. Ninguno daba con un diagnóstico. Pasaban las semanas y yo ni mu, hasta que un vecino recomendó una curandera que vivía en la última casa del pueblo contiguo.

Era una mujer muy vieja, con el esqueleto casi desabrigado de tan flaca, las manos llenas de nudos. En lugar de puertas, la casa tenía telas desteñidas por el sol que colgaban hasta el piso de polvo.

La curandera me llevó a una habitación desangelada y sin ventanas, con olor a grasa animal. Me sentó en una sillita de mimbre y me hizo cerrar los ojos.

Todo pasa una sola vez y en un mismo momento, pero te voy a enseñar a separar, así dijo, y me pidió que le contara lo que había visto mientras el auto caía.

Como yo no hablaba, empezó ella: piedras, tierra, cielo, dijo.

Yo, muda.

Piedras grises, tierra rosa, cielo azul, repitió. Y al rato: piedras grises y redondas, casi pelotas, tierra rosa y salada, cielo azul con unas pocas nubes.

Ella recitaba, como un mantra, esas tres cosas, cada vez con mayor precisión, y yo, con los ojos cerrados, empecé a ver. Las piedras. La

tierra. El cielo. No había tiempo, solo espacio. Cuando salí del cuarto, otra vez hablaba.

Señora, el susto está curado, le dijo a mi madre.

Hará una década nomás, poco antes de que mi marido enfermara, entendí lo que aquella mujer me había hecho al ver una obra del artista neoyorquino Bill Viola en una muestra en París: una videoinstalación enorme, que ocupaba una pared entera, proyectaba la filmación de un grupo de hombres y mujeres de distintas clases que esperaban un tren pero, en lugar del tren, lo que llegaba era una enorme ola, un diluvio fatídico que los atrapaba a todos por igual, poniendo a prueba el espíritu humano. La gracia del video era que ocurría en cámara lenta, lentísima, y una podía ver con detenimiento las diversas reacciones, la expresión en los rostros y los gestos de cada persona a medida que el agua los cubría. Al igual que mi curandera, Viola disociaba en su obra el tiempo del espacio, para resignificar el sentido.

Si la vida de una persona, de cualquier persona, se proyectase en cámara rápida, no se podría apreciar en detalle la catástrofe que encarnamos.

Estoy harta de buscar la diferencia entre un arlequín y un pierrot. ¿Arlequín es el del cuello ancho con volados y pierrot el de traje a rombos? No. Es al revés.

El doctor Schussheim escribió en un papel algunas palabras e ideas sueltas que le mencioné durante la sesión, a modo de infografía. Me dijo que tal vez esa gramática visual me ayudaba a identificar mejor ciertos bloques de pensamientos en los que suelo perder el hilo.

Cuando me extendió la hoja pensé ¡qué desperdicio de papel! Estaba lleno de huecos.

Volví a ver *Fanny y Alexander* , casi en una versión muda, porque olvidé ponerme los audífonos y el control está sin pila, la pantalla a un volumen ínfimo. Confirmé que a una película verdaderamente buena le alcanza con las imágenes. Toda mi fe al servicio de lo visual, de la

narración sin una sola frase.

La escena que me exaspera una y otra vez es la de Alexander y ese espantoso que no solo lo obliga a pedirle perdón, sino que después de pegarle y mandarlo a dormir al desván, le ordena reflexionar sobre sus supuestos errores. No hay reflexión posible porque al espantoso no le interesa la reflexión de Alexander, lo que busca es imponer su poder.

Me cuesta poner en palabras la turbación que me producen esta y todas las películas de Bergman. Supongo que me arrimo al bochín si digo que su cine, y acaso el cine en su totalidad, me devuelve al cuerpo.

Carmelita Lizazo cumplió 100 años. Sus nietos le organizaron anoche una fiesta sorpresa en un salón, con más de 150 personas. Fui con Luisa, que sentenció: no podemos no ir. Enviaron las invitaciones con dos meses de antelación. Pidieron discreción absoluta pero, justo antes de entrar, uno le adelantó la sorpresa a Carmelita por miedo a que se asustara y ahí mismo estirara la pata.

A lo largo de una de las paredes del salón, habían colgado fotos de ella desde su nacimiento hasta hoy; con Luisa lo bautizamos el Vía Crucis de Carmelita. En la primera aparecía de beba, junto al siguiente epígrafe: *En ese año, en Europa terminaba la Gran Guerra, en Irlanda James Joyce publicaba* Exiliados *y en el barrio de Flores nacía nuestra querida Carmela* .

¿Leíste a Joyce?, me preguntó Luisa.

No. ¿Vos?

Tampoco.

Mientras comía un canapé de dudosa consistencia, me pregunté cuántos años hay en cien años, cuántos en mis 82.

Fui al baño un par de veces. En la primera, vi a una señora ponerse tanto corrector en el contorno de ojos que terminó pareciendo un panda. En la segunda, al retocarme los labios, me pinté sin querer un diente.

Con Luisa le regalamos a Carmelita un prendedor de un papagayo plateado y una caja de bombones. Nos fuimos cuando llegó la torta con las cien velitas, parecía un incendio. Detrás del fuego, Carmelita sonreía y saludaba con una mano, como si estuviese parodiando a la

reina Isabel.

Me llamó mi hijo, el del perro. Dice que no quiere cumplir 45 años.

Cuando cumplí 26, añoraba tener 25, lo consolé. En algún lado había leído que después de los 25, la edad ya daba igual.

No me parece, respondió.

Lleva una vida aprender a no ser joven. Pero si querés llegar a viejo, no podés insistir con los cuarenta, hijo. Además, pensalo así: envejecer es mejor que la otra alternativa.

Me preguntó si creía en la existencia de Dios.

¿En serio? ¿Así como quien pregunta qué haces hoy?

Sí, en serio te lo estoy preguntando.

Qué se yo, no puedo hablar ahora, además el tema no es si existe o no existe, el tema es que no está. Como la página en Internet que intenté abrir hoy sobre Frank Gehry. Decía: No disponible. ¿Me podrás ayudar con eso?

Quedamos en vernos el fin de semana.

Nos han alterado el tiempo y la realidad, la distorsión es brutal. La gente quiere algo auténtico, una imagen sin publicidad, una camisa que no sea sintética, un jugo de naranja sin conservantes, fruta con gusto a fruta, pero lo cierto es que ya nadie soporta la realidad.

Esas películas que hacía Andy Warhol en tiempo real, la de una única toma invariable del Empire State, que duraba ocho horas, o *Sleep* , donde un tipo duerme a calzón quitado, ¿quién las aguanta?

Fui a almorzar a la casa de mi hijo, el del perro. Mi nieta mayor me mostró su cuaderno de lengua, está en segundo o tercer grado. Un ejercicio se titulaba: *Cómo es mi abuela* . En lápiz negro, había escrito:

- Mi abuela tiene años
- Mi abuela usa camisón rosa y creo que zapatos
- Mi abuela no trabaja
- Mi abuela vive sola y con Blanca
- Mi abuela sabe hacer café
- Mi abuela no molesta

Largué la carcajada. En la hoja siguiente decía MI ABUELA y abajo estaba yo, dibujada junto a su perro. Me pareció revelador: soy una persona hecha de palitos.

El artista sudafricano William Kentridge dice que dibujar a un hombre es comprometerse con ese ser humano. Hay una responsabilidad en lo que miramos, un compromiso que es a la vez completamente efímero y absolutamente singular, atemporal. Aplica para todo. Miré el omelette que estaba a punto de almorzar. Mi plato, mi *still life* . Solo sentí hambre. Daría lo que sea por tener nuevos ojos.

Después de más de un año, volví a manejar y volví a la guardia. Estacioné el auto en cualquier lado, porque finalmente me dieron la habilitación de discapacitada por mi sordera, un adhesivo que pegué en una esquina del parabrisas. La guardia estaba repleta. Me había tomado la fiebre en casa y tenía 38.2. Una enfermera me ofreció una silla de ruedas. Tardé en entender que era para mí hasta que me tocó el hombro y me llamó abuela. Entonces sí, no tuve duda de lo que estaba pasando; si tengo la más mínima idea de quién soy, es por lo que refleja la mirada de los demás. Rechacé la silla de ruedas y esperé mi turno sentada en un asiento que me cedió un hombre.

Me revisó una médica joven, me hizo preguntas de rutina.

¿Enfermedades hereditarias?

Colesterol.

¿Alguna cardiovascular?

El corazón afligido.

Sonrió sin mostrar los dientes. Me tomó la presión, la fiebre, me auscultó.

¿Quiere que le recete un antibiótico?

¿Para qué?

Por las dudas.

Recogida con un moño sobre la nuca, la médica tenía una trenza tan espléndida y gruesa que no logré saber si me resultaba desagradable o no. Antes de irme, me preguntó a qué me dedicaba.

Soy jubilada, le respondí.

Cuando estoy en una guardia o consultorio no digo que soy médica, porque en el instante quien me está atendiendo cambia de actitud, deja de comportarse como lo estaba haciendo. No es para mejor ni para peor, es simplemente distinto, y yo no quiero eso. Supongo que es algo que ocurre con cualquier grupo de pertenencia.

¿Abuela? Hubiese preferido que la enfermera me gritase judía. Últimamente, son pequeñas cosas las que me asustan. Por ejemplo: 38.2.

Cuando volví al auto e intenté ponerlo en marcha, no pude. Había dejado las balizas puestas, las luces prendidas, ¿el auto abierto? Estaba sin batería. Me agarré con fuerza al volante para no naufragar y entonces recordé que en la guantera tenía el carnet del ACA. Media hora más tarde, me estaban rescatando. Llamé a mi hijo, el del perro, y le dije: ¿sabés en qué creo? En el ACA, ahí tenés algo útil y confiable.

William Kentridge, animación en blanco y negro de dibujos en carboncillo

James Lee Byars, en oro y circular

Querida, ¿te conté de la caída en mi propio cuarto? No sé cómo pasó, supongo que habré resbalado con algo, pero sí recuerdo que durante un rato quedé tirada en el suelo, quieta. Recién hoy, semanas más tarde, lo comprendo. Creía que tal vez había perdido la conciencia, pero lo que me paralizó fue el miedo, ni la mente moví. Y fijate vos qué curioso lo que me pasó después: estando en el piso, alcancé a ver, debajo de la mesa, una cuchara de plata que buscaba hacía tiempo. Eso fue lo que me hizo reaccionar. Aprovecho para contarte lo que escuché en la tele: solo en Argentina viven hoy quince mil viejos. Me refiero a viejos serios, eh, de más de cien años. Se espera un pico para 2085 y después baja. Perdón por la digresión, pero últimamente siento que, si me guardo los pensamientos, los pierdo. Cariños, FANNY

Hola Fanni! Las digresiones son lo mejor, sirven para tomar aire. Las tuyas, además, me encantan. Viste que la sociedad nos llama «adultas mayores»? Me enferma esa manía de catalogar por edad, como si la edad lo justificara todo. Los romanos, al menos, eran más específicos: dividían en *senior* , de 46 a 59 años, *senex* , de 60 a 79, y *aetate provectus* , de más de 80. Mi marido se sabía esto de memoria, yo lo busqué recién en la computadora. Dios nos libre del centenario… ADIÓSSS *aetate provectus* !

Querida, ¿estás segura de que aetate provectus *se escribe así? Es importante saber cómo se escribe lo que escribimos, FANNY*

Querida, sí, estaba bien escrito. FANNY

Mi hijo, el abogado, cree que debería refaccionar el departamento. Hoy me hizo caminar junto a él por el pasillo de casa, mientras exclamaba: ¡ahí podrías poner una biblioteca! ¡Allá, quitar ese armario y reubicarlo en la otra esquina! ¡Esa pared la volaría para que entre más luz! Veía los cambios con tal claridad que parecía un profeta.

Mientras hablaba, yo asentía sin detenerme, como hago cuando estoy nerviosa. Le miraba la boca y trataba de apartar, a manotazos, las telarañas que formaban sus palabras, quería concentrarme en la intención que escondían detrás. Su entusiasmo era proporcional a mi escepticismo.

Cuando me vio descansar la vista en una pared que había señalado, se envalentonó; lo tomó como prueba de interés. Opté por no aclararle que en algún lado hay que posar la mirada.

¿Y? ¿Qué te parece?

Sí.

¿Sí qué?

Sí, lo voy a pensar.

Las buenas intenciones son aniquiladoras. Por suerte, también son endebles.

Volvimos con Luisa al Colón. Daban *La flauta mágica* con una puesta deslumbrante, traída de Berlín; más que una ópera parecía una película retro, llena de referencias al cine mudo. El escenario era como una gran pantalla sobre la que proyectaban dibujos animados y un montón de colores estridentes, todo muy pop. En las partes habladas, aparecían placas con tipografías de época, góticas; unas letras horribles, alemanotas.

En el entreacto, un hombre con pinta de elfo rabió en la cafetería que lo que estábamos viendo no era ópera porque la ópera es teatro y el teatro no puede ser plano, es tridimensional. Escuché a otros decir que era demasiado, sin especificar demasiado qué. Una bienuda bárbara opinó *too much* , es *too much* . Sentí una incomprensión al borde de la vergüenza, hasta que un vozarrón junto a la barra sentenció: están todos locos, es extraordinaria.

Durante la función, Luisa me pegó codazos cada vez que los personajes largaban comentarios misóginos. *Las mujeres hacen poco y hablan mucho* , codazo. *Compartir los dulces impulsos, ese es el primer deber de las mujeres* , codazo. *Un hombre debe guiar los pasos de una mujer* , codazo. En cambio, en el aria de la princesa Pamina, esa en la que quiere suicidarse porque Tamino no le habla, apoyó su mano sobre la mía hasta que cerró el acto. Yo flaquee un poco más adelante, cuando Pamina añora las horas felices; me pareció una medida precisa de la felicidad. Hablar de días sería un exceso. También empaticé con Papageno, cuando exclama que la alegría máxima es un buen trago de vino. Qué mejor.

A la salida fuimos a cenar ahí a la vuelta. Compartimos una tortilla y una ensalada. Luisa estaba como loca con la interpretación de los tres chicos que cantaban.

Son las famosas voces blancas, se entrometió la mujer mayor que estaba sentada con su marido a nuestra derecha. Agudas y sin sexo, no se distingue si cantan niñas o niños, agregó.

Y dígame, ¿usted qué piensa de la puesta? ¿Le gustó?, le pregunté.

¡Sí, a mí sí! Además *La flauta mágica* es mi cuento de hadas favorito, respondió.

Más tarde noté que le temblaba el pulso cuando se llevaba el tenedor con papas fritas a la boca. Para algunas, ser vieja es como ser joven, pero con esfuerzo.

Luisa dijo que nunca la convenció el argumento de *La flauta mágica* . No tiene matices, todo es blanco o negro, protestó.

¡Pero así son los cuentos clásicos! Y tienen una sabiduría de la humanidad increíble, que no caduca, le respondí.

Puede ser, pero esa idea de la flauta mágica como aspiración del bien, de la iluminación, es ridícula, no hay bien sin mal, dijo.

Yo también prefiero algo más oriental, tipo el yin y el yang. A fin de cuentas, el pensamiento es siempre binario, ¿no?, le tiré, atrevida.

¡Pero claro! La armonía no conduce a ningún lado, m'hija.

Nos reímos. Después, intentamos tararear el famoso *staccato* agudísimo de la Reina de la Noche, ese ah-ah-ah-ah-ah. Nos salió un picadito bochornoso y desafinado. Para bajar, Luisa se pidió un boldo con tres boldos, con un solo saquito no le alcanza.

A la mañana siguiente me llamó mi hijo, el del perro. Le conté que había ido a ver *La flauta mágica* .

¿Otra vez? ¿No fuiste hace unos años?, me dijo.

No supe qué responderle para no ofenderlo, ¿¡cómo puede ser tan bruto!? Realmente me sorprende. Me hizo acordar a una amiga con la que viajé a París. Cuando le dije que podíamos ir al Louvre, me respondió: ya fui hace años.

Vi *La flauta mágica* ochocientas veces. No me arrepiento de ninguna.

De joven fui a un psicoanalista de apellido Espósito, sobre la calle Riobamba. Me acostaba en el diván y, mientras le hablaba, me acuerdo que pensaba ¿será judío?

El doctor Schussheim, en ese aspecto, es mucho más claro.

Pasé el día en la cocina. Me duelen ocho partes del cuerpo: la uña del dedo índice derecho, la mandíbula, la cabeza, las cervicales, las dos rodillas, los dos pies.

A mi alrededor: la heladera zumbante, la mesa de fórmica azul, la frutera de vidrio, los blísteres, la tapa de la pava que baila con el agua hirviendo, mis papelitos, mi lápiz negro afiladísimo. El cuadro blanco de Tierra del Fuego se rindió milímetros hacia un costado, debería enderezarlo.

Después de los ochenta, no se vive por una razón, simplemente se vive.

Mi hijo, el abogado, repite que conocer la jurisprudencia le da tranquilidad, lo ayuda a pararse mejor en el mundo.

A mí me pasó algo similar con la medicina: comprender cómo funciona el cuerpo humano me dio practicidad, me hizo más temeraria. No por una cuestión de valentía, sino de aprendizaje: esto puede pasar, esto también, esto pasa al final.

En clase, la profesora habló sobre la búsqueda de cada artista. Según dijo, llega un momento en que los pintores hacen una y otra vez lo mismo, lo que significa que se hallaron a sí mismos o que perdieron

la capacidad de introducir variaciones.

Con mi letra de médica, cada vez más parecida a un electrocardiograma, tomé nota de un montón de nombres y obras que nombró. Al día siguiente, cuando me topé por casualidad con el papel, solo logré descifrar un garabato: *Víctor Magariños, botoncitos* .

Me quedé sin Internet en medio de una película. Conecté y desconecté el módem, pero no hubo caso. Extrañé el VHS, aunque también entonces tenía problemas de adaptación; la revolución tecnológica siempre me dejó atrás, el futuro es feroz. Más ahora, que todo cambia a un ritmo vertiginoso y yo a cada momento siento que estoy a punto de caerme.

Fui hasta la cocina y preparé café. La película, de todas formas, era mala. Estaba basada en una historia real, mi oxímoron predilecto junto a un besito enorme.

La realidad me importa un pito. Lo que a mí me interesa son los puntos de vista. Una historia y sus miles de puntos de vista.

A la tía Berta no le interesaba conocer el mundo. Apreciaba el retrato de la Mona Lisa en el dulce de batata La Gioconda.

Cuando estaba por dormir una siesta llamó Mume. La conexión era mala.

Hola ¿me escuchás?

No.

¿Me querés escuchar?

Tampoco.

De un tirón, me comentó que dejó de pagar la cuota de su club porque pasó a ser vitalicia.

Vitalicia… qué vergüenza. Antes de cortar, me preguntó qué iba a hacer. Lo hizo sin especificar un tiempo, como si diese lo mismo qué voy a hacer esta tarde, mañana o lo que queda del año.

Observo la pérdida de oído, vista, pelo, dientes, músculos, altura, calor, aire, pulso. Es asombroso llegar a esta edad en la que no hay relación alguna entre cuerpo y cabeza, un chiste macabro.

Soñé que viajaba en un globo aerostático que fallaba y caía en un río. La orilla me quedaba a un par de metros, ahí nomás, pero como tampoco en el sueño sabía nadar, pensaba: no puedo creer que voy a morir así, qué poco heroico.

Barbara Kruger, letras blancas sobre fondo rojo para frases simples que resumen enormidades:

Tu cuerpo es un campo de batalla

Vos no sos vos misma

¿Los valores de quién? ¿La justicia de quién? ¿Los miedos de quién?

No lo suficientemente fea

Sabé nada. Creé lo que sea. Olvidalo todo

El futuro le pertenece a aquellos que pueden verlo

Le compré libros a mi nieta mayor: *David Copperfield* y dos gauchescos: *Fausto* , de Estanislao del Campo, y el *Martín Fierro* .

Mi hijo, el del perro, no se los quería dar. Me insistió para que volviese a la librería y los cambiara por otros más actuales.

Tiene que leer los clásicos, me planté.

No le divierten esos libros.

¡¿Cómo no le va a divertir el *Martín Fierro* ?! ¡¿Cómo no le va a divertir *David Copperfield* ?!

¡*David Copperfield* es un bodoque de más de seiscientas páginas!

¿Y cuál es el problema?

¡Qué tu nieta tiene 8 años!

No los cambié.

A veces pienso que mi hijo sería maravilloso si fuese diferente.

Agarré el auto y me fui a visitar a Lili. No la veía desde que la mudaron a la casa de su hija mayor. Una enfermera me hizo pasar a la habitación donde la tienen recluida. Un cuarto prolijo pero ínfimo, con una colcha floreada sobre la cama. Lili estaba en una silla, mirando por la ventana de guillotina que daba a la calle. Una hebilla de carey le sujetaba el pelo blanquísimo. Cuando se giró para saludarme, no me reconoció.

¿Cómo era tu nombre?

Primero me pareció que seguía hermosa, carente de edad, como la reina de un cuento. Después noté que su cara era incapaz de retener la luz que entraba de afuera.

Qué nombre tan precioso, me dijo, y se quedó mirándome en la incomprensión. No era una mirada hostil, sino alerta, la misma que pongo yo cuando abro la heladera y me quedo colgada de la puerta sin recordar qué era lo que buscaba.

A los pocos minutos de hablarle sobre el clima, la colcha, mis huesos, se me ocurrió preguntarle si se acordaba de esa idea tan perspicaz que tenía, la de que todo ya había pasado y que por eso, en la Biblia, Sara podía dar a luz a Isaac a los 90 años.

¿Te acordás, Lili? Vos decías que la gente se sorprendía cuando

pasaba algo que no había ocurrido en cien años, en mil años, pero que en verdad lo relevante era precisamente que ya había ocurrido.

No respondió. Por la ventana se coló un bocinazo.

Gracias a Dios, al rato entró su hija y guio la charla de locos que estábamos teniendo, mi balbuceo y el silencio de Lili, que seguía sin encontrar una razón para sonreír, con los ojos asustados, cada vez más duros. Yo no solté la cartera, me aferré a ese rectángulo de cuero como si fuese una balsa. A la media hora, cuando me despedí, volvimos al punto de partida.

¿Cómo era tu nombre?, me dijo. Me gustó mucho.

Conocí a Lili en uno de los baños de la facultad, justo después de rendir Anatomía. Ella se había sacado un diez, yo un dos. Sentada sobre la tapa del inodoro, lloraba desconsoladamente, el mundo se había acabado para mí. ¿Qué iba a hacer ahora? Lili me habló con rigidez y dulzura. Dijo que de ahí en más íbamos a estudiar juntas. Me ordenó lavarme la cara, emprolijarme el pelo y, cuando salimos a la calle, el mundo y yo seguíamos ahí, de pie, nada había cambiado.

A partir de entonces, después de cursar, pasábamos horas leyendo apuntes en dos sucuchos sobre la calle Uriburu: a uno lo llamábamos vómito negro y al otro vómito azul. Lili siguió sacando dieces, a mí no me volvieron a bochar.

En clase de arte vimos la obra de Alex Katz. Me gustaron los retratos de Ada. Le mostré a mi hijo, el abogado, uno que figuraba en una antología y dijo que se parecía a mí.

¿Por la nariz?, le pregunté.

No, por la belleza, me respondió.

Muchos me consideran linda. Yo no, yo sé lo que hay detrás: conozco las manchas que esconde el maquillaje, la flacidez detrás de las blusas, los hongos debajo de las uñas pintadas, el diente que me saco cuando estoy sola y que me pongo cuando estoy en compañía. La belleza no es real. La gente me ve como el día de sol posterior a una gran nevada. Yo sé que soy la semana siguiente a la gran nevada.

Las últimas obras de Katz buscan atrapar la luz, son casi viento. El concepto es bueno, pero los cuadros no me gustaron. Así como hay

artistas que mueren demasiado pronto, hay artistas que mueren demasiado viejos.

Sigo estudiando a Hilma af Klint. En 1908, invitó a Rudolf Steiner a que viese su obra. Steiner no la entendió y le aconsejó que no expusiera hasta medio siglo después. Ella le hizo caso y dejó instrucciones para que sus cuadros, más de mil, no viesen la luz hasta veinte años después de su muerte. La pintura del futuro se pintó en el pasado.

Toda la vejez parecía reunida en el té al que fui hoy. Éramos doce mujeres y un hombre, que estaba lejos de ser un artista de las palabras; dijo buenas tardes y al rato buenas noches. Me detuve en su pelo porque parecía de propaganda, blanco y sedoso, casi femenino. Fue el primero en irse. Cuando lo hizo, una que estaba a mi lado se refirió al hombre como «un bombón». Tan bombón como yo soy una monada, por favor.

Me gustaría encontrar un hombre, un compañero para salir y charlar, pero están todos enterrados. En esa salida, sin ir más lejos, Sonia anunció que se había muerto un tal Juanca.

Murió de un paro cardíaco, me acaban de avisar por mensaje, informó.

Las que lo conocían insistieron varias veces con el clásico no puede ser, no puede ser. Lo repitieron con ofuscación, como si la muerte inesperada fuera un insulto para los que quedamos. Algo de razón tenían.

Después, Sonia contó algunas anécdotas divertidas sobre Juanca y supe de quién hablaba: había trabajado varios años con mi marido y, a pesar de haber compartido algunas fiestas y reuniones sociales con él, nunca me había llamado la atención. Hoy lamenté haberlo descubierto cuando acababa de morir. Me hizo acordar al día en que levantaron los adoquines de la calle donde vivo y los reemplazaron por asfalto. Desde entonces los echo en falta.

Mi profesor de Anatomía hablaba con la mandíbula apretada, de pie frente al pizarrón, con los brazos cruzados alrededor del pecho.

Recuerdo dos cosas de sus clases: esa rigidez corporal y la cita con la que se despedía: «Denme un punto de apoyo y moveré el mundo».

Sin dramatismo, supongo que el único punto fijo es la muerte. O tal vez mi cocina.

En el té de anteayer, una dijo que tenía un médico clínico para recomendar. Después, coronó: un médico clínico judío, y me miró.

Cuando se lo comenté a Luisa por teléfono, me dijo que veo antisemitas hasta en la sopa, que con esa propensión desmedida parezco la autora intelectual y material del antisemitismo. Quedamos en salir el sábado.

Mientras me comía una banana pasada, pensé que tal vez el antisemitismo es mi bendición y mi condena. Mi judeidad no se aferra a ningún Dios, sino al recuerdo, al orgullo, al saber. Quisiera explicarlo con mayor claridad, pero con los años la claridad se enturbia.

Solo conservo una foto de mis padres. Es en blanco y negro y está atrapada bajo el vidrio de mi mesa de luz. Por las noches, le apoyo encima un vaso con soda. Cuando le presto atención, solo veo la foto, no logro recordar más allá. La imagen reemplazó el recuerdo que buscaba preservar.

Mi madre es una mujer delgada y prolija, usa zapatos resonantes. Mi padre parece un hombre poco inteligente. De fondo, el hotel provincial de Mar del Plata.

Según el ánimo, el olvido me resulta alentador o trágico.

Ayer fue un día del montón. No salí. Recién hoy me enteré de que fue feriado. Martes, viernes, domingo, da igual. Cuando se tiene la edad de la vejez, los días pierden el nombre, y despertarse y dormirse se parecen cada vez más. Tolero cada mañana con la misma angustia que la del primer día de escuela. No obstante, intento no dejarme vencer por la pereza, porque me avergüenzo de la debilidad moral que acarrea.

¿Cómo logran algunos vivir con tanta naturalidad?

¿Y por qué no puedo dormir hasta el mediodía?

En un acto heroico, saqué entradas para el teatro y comí sardinas con galletitas de agua. Todo muy Sísifo en este invierno escuálido.

Durante la Revolución francesa hicieron un experimento con condenados a la guillotina. Les daban papel y tinta y los hacían escribir hasta que caía la cuchilla de acero. La cabeza rodaba por el piso y la mano seguía escribiendo por algunos segundos más.

Nuestros cuerpos no mueren en bloque. Los cirujanos de trasplantes trabajan a contrarreloj: tienen media hora para remover órganos y unas seis para dárselos a los receptores.

Me pregunto qué habrán escrito los condenados a la guillotina justo antes de morir; qué vale la pena dejar por escrito.

¿La palabra escrita también matará la memoria?

A las tres de la tarde, la hora única, mi corazón pega un salto que me inquieta, pero jamás me infarta.

Hoy, en casa, me puse un vestido y me pinté los labios para dar señales de vida. Después lo olvidé. A la tarde, cuando me miré en el espejo, mi boca parecía embadurnada con mermelada de frutilla. Solo me había visto Blanca.

Cosas sobre las que me confundo:

- horarios de turnos médicos
- horarios de películas
- documentación
- Pessoa/Tabucchi
- fechas de cumpleaños

Nada serio ni que importe. Salvo, tal vez, Pessoa y Tabucchi, ni siquiera comparten nacionalidad, ¿por qué los asocio? Qué difícil remendar las ideas mal paridas.

En clase de arte estudiamos las fotos del alemán Andreas Gursky: obras gigantescas, en las que cada objeto retratado está en foco, no hay jerarquías. La más famosa —porque pagaron millones por ella— es la góndola de un supermercado repleta de productos a 99 centavos. Da la ilusión de verlo todo y la certeza de no ver nada, la ilusión de serlo todo y la certeza de no ser nada.

Al día siguiente, le compré a mis nietas un librito divino que se llama *Diccionario de Ruso* . Lo leí de punta a punta antes de pagarlo, bajo la mirada atenta de un librero con el pelo rubio y lacio tan bien ajustado a la cabeza que parecía un príncipe encantado o, al menos, la peluca de un príncipe encantado.

El libro dice que en ruso existe la expresión *vídima-nievídima* , se ve-no se ve. Aparece en los cuentos de reinos, y explica: «Hay tantos que los ves (abre la visita sobre un imaginario cúmulo), pero no los ves (fija la vista)».

No sé si son reinos fuera de foco o exactamente lo contrario, pero creo que los rusos tienen algo de Gursky. El apellido, para empezar.

El viernes tengo turno con el oculista. No veo un pomo.

Estuve releyendo a Pessoa, su *Libro del desasosiego* . Una depre que Dios mío, pero todo cierto. Me gustaría releerlo indefinidamente, cada vez que lo hago entiendo algo distinto. A veces le sigo el hilo y otras, de pronto, ¡pum!, me deja en el aire.

Miscelánea de desasosiegos:

• 67: «Un jardín es un resumen de la civilización…».

Todo paisaje es un artificio.

• 87: «Ser hombre es saber que no se comprende…».

Si queremos ser más de lo que somos, estamos listos.

• 92: «Nunca hice sino soñar. Todo eso que no pasó de un sueño, está guardado en mi memoria…».

Ya lo decía Proust, la realidad se construye en la cabeza. Somos sonámbulos. ¿Acaso no vamos a despertar nunca?

• 121: «Tengo un amor biológico y fatal a la fijación. Odio la vida nueva y el lugar desconocido…».

Adhiero. Quiero quedarme en mi cocina y chau.

• 126: «La muerte de un ser amado me parece realizada en otro idioma…».

La muerte es la única verdad y está en chino mandarín.

• 178: «Vivir es morir, porque no tenemos un día más en nuestra vida…».

¿Tengo los años que tengo o tengo los años que me quedan por vivir?

• 197: «¡Aquello que tuve y ya no tendré! ¡Los muertos! Cuando los evoco, el alma se me enfría…».

No señor, acá disiento con Pessoa; a nuestros muertos los conservamos a fuego, no se van más.

• 208: «Me enternezco, sí, pero no porque recuerdo, sino porque veo…».

¡Totalmente! Ahí mismo volví a ver la biblioteca de mi infancia. Era un estante con ¿once, doce, catorce? libros. El universo en un estante.

• 235: «La fatiga de ser amado…».
La única persona que no me agobia es Blanca.

• 262: «No soy nadie, nadie. No sé sentir, no sé pensar, no sé querer. Soy un personaje de novela por escribirse…».
¡¿Qué somos?!

• 281: «El sonido de los pulmones y el corazón…».
Yo me escucho los huesos.

• 310: «El único vicio desafortunado es hacer lo que todos hacen…».
Acá medio snob, ¿de qué se las tira?

• 364: «Sé que lo que yo siento, lo siento yo…».
Existo. Al menos por un instante.

Logré atrapar algunas ideas como suelo hacerlo: de manera desordenada, igual que el oleaje.

En el libro, marqué varias entradas con una P, de poesía; todo lo que no entiendo es poesía, al menos en Pessoa.

No veo de lejos. Tampoco veo los colores con nitidez, los días asoman cada vez más desteñidos. Fui al oculista, un señor de pelada pulida y cara ancha, medio anfibio. Me recomendó esperar un poco para operarme de cataratas.

No vale la pena, usted me entiende, ¿no?, me dijo.

No, la verdad que no. ¿A qué se refiere?

A que tampoco hay tanto para ver, ¿cierto?

Sentí que la vida era más un juego de adivinanzas que de costumbre. Para no perder la calma, permanecí callada. Agendé nuevo turno para dentro de dos meses. Cuando me iba, vi en la recepción un

póster enmarcado de *La noche estrellada* y pensé que los colores muy vivos pueden ser inaguantables.

Le dije al doctor Schussheim que la soledad me hizo a su imagen y semejanza.

¿A qué se refiere?, inquirió.

No sé si fue siempre así o es una condición que se me acentuó desde que murió mi marido, pero cuando estoy a solas conmigo, soy capaz de plantear preguntas agudas, de responderlas, de corregirlas, de pensar con cierto ingenio. Cuando suena el teléfono, todo se desvanece y solo puede decir ¿qué tal?

El doctor Schussheim guardó silencio, pero no logré explayarme más. La expresión magra de su cara me arrastró por la tangente. Le conté entonces que la única vez que realmente me interesó una clase en la facultad el profesor me miró y me preguntó ¿usted por qué no escucha? Yo estaba escuchando con muchísima atención, con tanta que olvidé poner cara de interés.

El doctor Schussheim no se dio por aludido y, con la impasibilidad de una monja, me preguntó si recordaba de qué iba la clase aquella.

Nora me llamó para preguntarme qué pensaba de Raquel Forner. Estaba en una subasta y remataban uno de sus cuadros.

No se piensa nada de Forner, es una consagrada, le respondí.

A mí no me conmueve, susurró.

A mí tampoco.

Bueno, te dejo, solo quería saber, porque yo no la conocía.

Nora tiene unos baches así de grandes, pero también un sentido del humor extraordinario. Una vez, logró entrar a un ensayo de Daniel Barenboim en el Teatro Coliseo. La sala estaba vacía, salvo por la orquesta y Barenboim, que la dirigía desde la primera fila. Ella avanzó por el pasillo central de la platea y se sentó justo detrás de él. Cuando estaba a punto de tocarle el hombro, Barenboim se giró y le espetó: no se te ocurrirá hablarme, ¿no? Después de ese día, cada vez que alguien lo menciona, Nora dice: yo lo conocí, es un hombre bra-ví-si-mo.

Tomé café, comí dos huevos duros, vi una película de cowboys.

Vivir de cosas pequeñas es suficiente.

De chica soñaba con viajar. Cuando mis tías me preguntaban a dónde quería ir, respondía: a todos lados.

No voy a dar la vuelta al mundo. No es que quiera darla, pero ahora sé que definitivamente no va a ocurrir.

Volví a ver *Apocalypse now* . Voy dos horas y veinte y Marlon Brando todavía no apareció. Era lo único que recordaba: que actuaba él y que había niebla. En una escena, un francés agarra un huevo, lo aprieta con el dedo y deja chorrear la clara. La yema queda atrapada en la cáscara y el tipo dice algo como: el Vietcong nunca se va a ir.

Me acordé de esa frase mientras compraba media docena de huevos en la verdulería. La chica que me atendió tenía una buena onda bárbara, propia de la juventud, la generación dorada; los jóvenes tienen un aura alrededor de la cabeza.

Estuve a punto de comentarle la escena de la yema, pero la chica me preguntó si necesitaba doble bolsa y el momento pasó de largo.

En el crucigrama del domingo salió sinónimo de *juventud* , siete letras.

Mocedad.

Terminé de ver *Apocalypse now* . Me impactó la escena en la que le preguntan a Marlon Brando qué lleva a la locura.

Yo hubiese respondido la muerte, la vida.

Brando dice *el horror, el horror* .

Además de estar metida en movimientos espirituales y espiritistas, a Hilma af Klint le interesaba la matemática, la ciencia, las conchas marinas, las flores, los colores, la escritura surrealista, la dualidad, la botánica, los animales, la luz, la comida vegetariana.

¿Qué quería expresar? No lo sé, toda expresión artística es críptica.

Yo no puedo crear; a lo sumo, interpretar la obra de otros, que a su vez interpretaron a sus antepasados. Nadie nació de un huevo, todo refiere a lo que había antes; somos una obra colectiva en busca de individualidad.

Hilma murió en 1944. Su primera exposición en un museo fue en 1986.

Quousque tandem abutere, Catilina, patientia mia? ¿Hasta cuándo abusarás, Catilina, de mi paciencia?, me decía mi marido cuando me quejaba.

Se lo largué a mi hijo, el del perro, por teléfono, pero él me respondió que nunca le escuchó decir eso a su padre.

¿De qué te quejabas?, quiso saber.

No me quejaba, estaba siendo honesta. Decía la verdad.

¿Sobre qué?

Sobre todo, supongo. El precio de las cosas.

¿Qué cosas?

El litro de leche, el kilo de naranjas, ustedes. Y basta, no puedo hablar ahora.

¿Estoy abusando de tu paciencia?

Sí.

KAWS, juguetes con ojos en cruz

Jorge Gumier Maier, firuletes; dicen que no hay que decir arte kitsch pero yo digo arte kitsch

Después de una mañana muda, espacial, chilló el teléfono. Era Nora. El cuerpo no le da respiro.

Tengo dolor de pecho, dolor de espalda, dolor de cabeza y dolor de pies, ¡ay, los pies!; me duelen las rodillas, las cervicales, los zapatos con taco, los zapatos sin taco, las revistas, las películas…

La entendí perfectamente. Cuando una se siente así, da igual si es de día o de noche, el tiempo deja de existir y la enfermedad es volumen. ¡Qué lento morimos! A veces envidio a las piedras que van directo al fondo.

Nuestro poquito más de futuro es agotador, le dije. ¿No querés salir a tomar algo?

Tal vez mañana.

No le insistí, las movidas demandan esfuerzo y yo también ando cansada, viviendo en la esquina de los días.

Busqué la etimología de la palabra *grafía* . Viene del griego *graphikós* , que no distingue entre escritura y dibujo. Ese vocablo, a su vez, viene de la raíz indoeuropea *gerbh* , que significa rascar, arañar.

Pensé en los *pentimentos* de muchas obras de arte, en cuadros que

esconden otros cuadros. Van Gogh reutilizaba lienzos porque no tenía plata para comprar nuevos. Pero la mayoría de los *pentimentos* son, como su nombre lo indica, arrepentimientos del artista. A algunos se puede acceder por rayos X o por técnicas de restauración. Yo no sé con qué derecho escarbamos lo que otro tapó, ¿con qué derecho?

El griego tampoco distingue entre error y mentira. Me consuela la convergencia, porque me pasa seguido eso de no saber y caer en la mentira. Cuando hablo, me ocurre otro tanto, pero ahí creo que tiene que ver con las limitaciones propias de la lengua, de cualquier lengua, porque expresar es errar. Todo se dice torcido.

Cuando los chicos vivían en casa, pegaba en la puerta de mi cuarto un papelito que decía NO ESTOY, para que no me molestaran a la hora de la siesta. Una tarde, uno de ellos pegó debajo otro papelito que decía: SUERTE QUE NO VINE.

Nunca quise que mis hijos me vieran, para que no se parecieran a mí. Los padres no forman a los hijos, los deforman.

No sé cuánto rato estuve parada frente a los cuadros de la artista Mildred Burton en la galería Benzacar. La pintura tiene el don de estar fuera de tiempo y de expulsarme también a mí del reloj; la atemporalidad, ¿no es acaso lo que buscamos todos? A veces entiendo los lienzos como conjuros de lo eterno.

Salí de la ensoñación cuando una chica me tocó el hombro para informarme que estaban cerrando. Era alta y de huesos anchos. Me acompañó hasta la puerta, donde tuve la mala suerte de cruzarme con Jorge y Teresa Capurro. En mi estúpido afán por quedar bien, los saludé efusivamente.

Tampoco para tanto, me respondió el muy desgraciado con soltura y en el acto me encogí un par de centímetros. Le pregunté a Teresa a dónde iban, pero ella lo miró a él; se convirtió en una de esas mujeres que cuando una le hace una pregunta, la que sea, buscan la respuesta en su marido.

Ya en casa, dos reflexiones: qué fiable es la pintura (mucho más que la escritura) y qué fácil es ver la desdicha ajena (la de Burton ni

que hablar).

Tengo los pies a la miseria. En cuanto me puse el camisón, sentí alivio.

Me visitó mi hijo, el del perro, con mi nieta menor. Están sin luz desde hace dos días, al igual que medio país. Mi nieta me preguntó si sabía qué era la electricidad y, antes de que pudiese decir agua va, me explicó: la electricidad es algo peligroso, si la tocás, te patea y si la seguís tocando, morís viva. Me recomendó tener siempre una goma a mano, para no morir de electricidad.

Hay muertes pavas.

¿Cómo cuáles, abuela?

Como la de un escritor griego que se llamaba Esquilo: fue uno de los creadores del teatro trágico, ¿y sabes cómo se murió? Por culpa de un águila que le soltó una tortuga en la cabeza.

¿Podemos morir de eso?

Podemos morir de lo que sea. Incluso de apendicitis.

¿Qué es apendicitis?

Hablamos de muertes insólitas hasta que mi hijo me dijo que la cortara, que si no después la chica no duerme.

Seguro duerme perfectamente, deslicé. Después sí, la corté.

A mi hijo, el abogado, su padre le decía *¡cruzaste el Rubicón!* cada vez que se mandaba una macana. Es extraño que pudiendo olvidar últimamente no haga más que recordar. Supongo que lo opuesto a lo eterno es lo olvidado y por eso el esfuerzo. Por eso y porque todas las mañanas empiezan con su ausencia, con mi vacilación y con el avance irrevocable de la luz.

No hace falta que ocurra algo para sentir esta tristeza. A veces se la achaco al mal tiempo, me convenzo de que es una racha pasajera que viene de afuera, que no forma parte de mí. Añoro la indiferencia de cada día.

Me preparé un café y miré por la ventana: los árboles, pelados, ya no tapan el cielo.

Conocí a mi marido una noche cerrada, tormentosa. Invitada por Mume, había ido a pasar el fin de semana a una quinta en Quilmes, junto a varios amigos. Me fijé en él porque era alto y se abría paso entre la gente con una sonrisa ladeada, demasiado seguro de sí mismo como para molestarse en ser desagradable. Charlaba con una y otra, igual que una abeja que va de flor en flor. Después de cenar en el quincho, el dueño de casa organizó una escondida en el jardín. Jugar, dijo, era la mejor forma de pasar el tiempo mientras esperábamos. No supe a qué se refería, ¿al aguacero?

Yo había tomado bastante. Los demás también. Al que contaba le dieron una linterna para buscar. Me oculté detrás de un pino, el árbol más alejado, y con los latidos aún galopándome en las orejas por la corrida, me acuerdo que me pregunté qué sería peor: si estar escondida y que me encontraran, o que no lo hicieran.

Aguardé un largo rato en cuclillas, sin animarme a salir, hasta que escuché pisadas, venían por mí. Cuando algo por fin llega, haberlo esperado no disminuye la sorpresa, y si el grito no salió fue porque una mano me tapó la boca justo a tiempo.

Era él.

Perdón, ¿te asusté?

A los pocos segundos, un relámpago nos iluminó y empezó a llover.

Esto me hace acordar a mi infancia, me dijo.

¿El juego?

No, el agua. Llovió toda mi infancia.

Fue como si me hubiese dicho un secreto sin que dejara de ser un secreto. Nos besamos y volvimos empapados a la casa.

Exagero. No creo que haya habido un relámpago y yo odiaba las escondidas, pero desde que mi marido no está, invento el pasado. Sí es cierto que nos conocimos en una quinta y que el agua cayó a baldazos, pero viví ese día con tal intensidad que no pude pensarlo. Desde entonces, cada vez que lo recuerdo le cambio algún detalle; lo embellezco, lo rebajo, pero ya no lo vivo. La vida que tengo es la que perdí.

Lloré toda mi infancia. Así empieza el poema de un escritor

colombiano cuyo nombre no recuerdo.

¿Conocí a mi marido en una quinta tormentosa o en una fiesta llena de humo?

Mi vida adelgaza. La balanza indica que bajé otros dos kilos. ¿Qué altura, qué peso y qué observaciones tengo que alcanzar para morir? La última ficha médica debe ser espeluznante.

Me escribió Fanni:

Querida, reapareció mi tos anual, más fuerte que nunca, no me deja dormir y cuando no duermo enloquezco. La vida se me hace demasiado larga sin sueño. ¿Cómo estás vos? Apareces y desapareces como el gato de Alicia. Cariños, FANNY

Hola AMIGA!!!!!! Yo ando con un resfrío brutal. Recién termino de ver en la tele una comedia sobre un chico americano que va a tener su bar mitzvá y la fiesta es delirante. Me hizo acordar a uno al que fui hace años, en el que el chico entró al salón en una carroza con vedettes a los costados…

Querida, ¿vedettes de verdad o esculpidas?

De verdad!

¡Jaaaaa qué genial! Prometámonos vernos antes de fin de año. Yo prometo, FANNY

Prometiendo por acá también!!! Te acordás cuando nos conocimos por primera vez, en aquel departamento sobre la calle Esmeralda, y me preguntaste si era judía?

Querida, ¡claro! Yo estaba con Dorita Rosenfeld y nos asombramos de que dudaras tanto en contestar, porque para nosotras ser judías era lo más lógico y natural. Cuando nos veamos podemos hablar del pasado. Por acá de a ratos te desconozco. No sé explicarlo, es como si te fueras o te desconectaras. Después volvés, pero al final siempre te estás yendo, ¿puede ser? Un gran abrazo, FANNY

Querida, ¿podes creer que hoy a la mañana me caí otra vez? Al cruzar la avenida se me enganchó la pata en el asfalto desparejo de Pueyrredón y quedé aplastada en la calle. Menos mal que el semáforo estaba en rojo. Una señora y un señor corrieron a ayudarme y le hicieron señas al conductor del colectivo que tenía casi encima para que no arrancara.

Mientras agarraban mis cosas y me levantaban, les agradecí y les pedí que frenasen un taxi para llegar rápido a casa, porque me dolía la rodilla. Tenía un gran raspón, que era feo de ver y me ardía mucho. Ya en casa me lavé y desinfecté y ahora estoy tranqui con la pierna en alto. Pero me equivoqué y en lugar de mandarle mensaje a mi analista se lo mandé a mi hija, que en el acto me preguntó si había ido a la guardia, si me hice una radiografía, si quiero un andador… FANNY

Recién hoy al mediodía leí la siguiente seguidilla de mensajes de Fanni, que entraron a media noche y finalizaron a las ocho de la mañana:

Hija, por favor me siento mal, ¿dónde estás?

Jorge, no sé cómo ubicar a mi hija y me siento mal, ¡no sé a quién llamar!

Hija, estoy asustada, me siento mal.

Hija!!!

Jorge, la encontraste? No sé qué hacer!

Hija, no sé dónde estás, pero me desperté de golpe y me siento mal, no te puedo ubicar y estoy asustada!

Querida, ¡buen día! ¡Qué lío hice anoche con los mensajes! Disculpá, a lo mejor estoy medio loca. Además, no me siento mal, gracias a Dios. Vení cuando quieras o puedas, solo avisame antes por si justo me entré a bañar y no escucho el timbre. Cariños, FANNY

En el almuerzo del viernes, al que fui porque me quedé sin excusas para no hacerlo, salió el tema de Israel, y como cinco de las seis mujeres éramos judías, me paré en la vereda de enfrente y oficié de abogado del diablo: en cada oportunidad que tuve, voté a favor de Palestina. Ellas se mostraron aliadas incondicionales de Israel, fervientes nacionalistas, casi nacionalsocialistas.

No tengo nada que ver con los judíos de Israel, exclamé.

Las cejas de las otras se levantaron de par en par. Opté por no agregar que pese a mi condición judía, esa que me hace creer que cualquier asunto que atañe a los judíos me atañe también a mí, no sé qué tengo que ver con otros judíos, empezando por esas señoras. Tampoco comenté que si bien Israel es para mí un milagro, el judaísmo precede y sobrevivirá a cualquier Estado. Terminé de comer mi torta de manzana en silencio.

Ya de vuelta en la cocina de casa, donde las ideas decantan, reconfirmé que en ese insuperable tironeo identitario entre perseguido y perseguidor, mi argumento favorito es el de Shylock en *El mercader de Venecia* : «¿Es que un judío no tiene ojos? ¿Es que un judío no tiene manos, órganos, proporciones, afectados, pasiones?». Y cierra: «Si nos envenenan, ¿no nos morimos? Y si nos ultrajan, ¿no nos vengaremos?».

Shakespeare, lo único que vale la pena leer.

Junto con los griegos.

Y tal vez la Biblia.

¡Y *Corazón* , de Edmundo de Amicis! ¡Qué preciosura! Me lo leía mi tía Fenia cuando era chica mientras yo lloraba a mares.

Nunca volví al cementerio donde enterramos a mi marido. No profeso ese ritual. Su tumba es un simbolismo que no me aporta nada. Tampoco rezar. ¿A quién? ¿Qué oración? Si mi marido supiese que nunca visité sus restos me mata. ¿Qué restos?

Aproveché el reverso de una orden vencida de un electrocardiograma para hacer una lista de artistas rosarinos que

vimos en clase: Antonio Berni, Leónidas Gambartes, Enio Iommi, Nicola Costantino, Román Vitali, Adrián Villar Rojas, Fabián Marcaccio.

Rosario, una pequeña nación de genios.

Pasó lo peor: Blanca encontró excrementos de rata en el living. ¿Cómo voy a deshacerme de esa cosa? El encargado me sugirió colocar una trampa, pero me da impresión. Mis nietas me recomendaron poner veneno en un queso medio podrido, una idea estupendamente lógica. Creo que lo mejor será hacer lo que hago siempre: esperar a que pase.

Hola buen día qué tal podés hablar.

Es fácil reconocer a Mume al teléfono: tiene la voz ronca y no usa signos de puntuación.

Te llamo para contarte que decidí que voy a ir a lugares a los que solo pueda quedarme poco tiempo.

Yo igual. ¿Qué más? Ando histérica porque parece que hay una rata en casa.

¿La viste? Yo una vez vi una rata del tamaño de un caniche en el subte.

¿No habrá sido un caniche, Mume?

Se te nota la histeria en la voz.

Para mí que fue un caniche.

Le compartí al doctor Schussheim una de mis elucubraciones.

Me reconforta pensar que todo el arte ya se hizo, pero que no hay un artista igual a otro. A veces pienso que ya viví suficiente y a veces que aún me falta muchísimo por descubrir.

¿Últimamente cómo se siente?

Como si hubiese terminado de trabajar. Cuando me preguntan la edad, hay días que respondo 82, los años vividos, y hay otros que diría 8, 10, tal vez 13, los que me quedan por vivir.

El doctor sonrió con la boca. Sus ojos nunca sonríen.

Fui sola a la función de *Anna Bolena* , en el Colón, porque Luisa

tenía el cumpleaños de una sobrina. Para ir, me puse el vestido que me pongo siempre. A nadie le importa, a mí tampoco, la atención que se le presta a una vieja es, ante todo, distraída.

Un día antes había leído en el diario una crítica lapidaria sobre la ópera, según la cual el libreto de *Anna Bolena* no tiene ningún valor. Me acordé que Wagner llamaba poemas a sus libretos, porque el gran gran tema en la ópera es qué vale más, la letra o la música. Wagner hacía todo: música, letra, escenografía. Hasta diseñó su propio teatro, en Bayreuth, con un foso que deja a la orquesta invisible al público. Quería que los espectadores se concentraran únicamente en lo que ocurría sobre el escenario.

A mí me encanta mirar a la orquesta: la coreografía que hacen los arcos de los violines, los movimientos de cabeza del director, la quietud de los percusionistas a la espera de su turno.

También busqué información sobre Ana Bolena. En el juicio amañado que tuvo que enfrentar por adulterio e incesto, dijo que Enrique VIII dejaba mucho que desear sexualmente: *la espada del rey no pasa de ser una simple navaja* , así dijo. Y sus últimas palabras fueron para su verdugo, justo antes de que la decapitara: *tengo el cuello muy fino, no le voy a dar trabajo* . Me dejó temblando.

La ópera estuvo bien, aunque a Enrique VIII le podrían haber puesto al menos una capa; estaba vestido íntegramente de negro y era tan flaco que más que el rey parecía el acomodador. Del libreto, solo me gustó la parte en que Lord Percy, al recordar su pasado con Anna, canta *así de sonrientes eran los días del primer feliz amor. De aquellos instantes, oh, cielo, devuélveme uno solo, y después dispón de mi vida porque habré muerto de placer* .

En el entreacto me crucé con un señor que sabe una barbaridad. Es un hombre muy mayor, que usa gomina, colonia y los pantalones por encima del ombligo. Me dijo que a esta ópera la resucitó María Callas, en 1957. Me lo cruzo en los pasillos del Colón y en los pasillos del Coto; el martes pasado, por ejemplo, en la góndola de los lácteos. Debemos ser vecinos.

Al día siguiente, Luisa me preguntó qué tal la Bolena.

Es una ópera menor pero agradable, linda de escuchar. Lo peor que tiene es una hora de más, le resumí.

El crucigrama del domingo me devolvió una palabra perdida: *sabañones* .

En el pueblo de mi infancia hacía muchísimo frío, y a los chicos nos salían sabañones en los pies y en las manos, unas inflamaciones rojas que daban picazón. Ya no creo que existan.

Al rato me trabé y fui a la página de las respuestas. La palabra correcta para *roncha en la piel por bajas temperaturas* era *urticaria* .

Pasé la tarde en lo de mi hijo, el del perro. Mis nietas se entretuvieron correteando contentas, dichosas de inconsciencia. Los niños están exentos de ridiculez.

Mis hijos, porque también estaba el abogado, hablaron de sus proyectos y trabajos. Yo no me moví del sillón orejero donde me dejé caer, con mis años y todos sus etcéteras.

En un momento dado, mi nieta menor me preguntó cuál era la última palabra del tiempo. Me descolocó.

Están las horas, los minutos, ¿y después, abuela?

¡Ah! Los segundos.

Se alejó corriendo.

La vida tiene múltiples medidas: días, semanas, meses, años, décadas. La muerte, en cambio, no tiene medias tintas: dura una milésima de segundo y la eternidad.

La muerte de mi marido fue un gran acontecimiento. Era un hombre muy muy querido, con muchas relaciones laborales, muchos amigos. Cuando murió, llegaron cartas, mails, el teléfono sonó durante días sin parar. Blanca me dejaba listas de nombres que llamaban para darme el pésame. Hasta que una mañana el gran acontecimiento terminó y se volvió para el mundo un hecho fútil, insignificante, sin narración, gris, amontonado. Para mí, en cambio, su muerte no se agota, porque va y viene de manera errática: veo en una película un habano, un sweater a rombos, unos mocasines con cordones y todo él me salta al cuerpo.

Volví temprano a casa y preparé café. Aunque mis hijos insistan, ya no siento que formo parte del *nosotros* de nadie. Soy sola. En un texto sería una nota al pie. O una *viuda* , la última línea de un párrafo que queda suelta al comienzo de la página siguiente, separada del

resto. Cuando estoy en mi cocina, la soledad no me pesa; es cuando me rodeo de otros que percibo la medida exacta de mi soledad. El día que parta, mi ausencia no va a matar a nadie.

Otto Dix, Max Beckmann, George Grosz, los descubrí al mismo tiempo y desde entonces se me vienen juntos a la cabeza; tremendos cuadros para denunciar tremenda realidad

Matthias Grünewald, El retablo de Isenheim*, todos los grandes fueron a verlo*

Luisa llamó para contarme sus impresiones sobre la cena a la que fue anoche y a la que yo me negué a asistir.

Si por impresiones te referís a chismes, te escucho, le dije. Dame los detalles nomás.

Hablamos durante cuarenta minutos. Luisa pasó por cada uno de los invitados. Según dijo, cuando estaban comiendo el postre, Nora se tapó la boca e hizo un gesto de dolor. Le preguntaron qué le pasaba y bisbiseó que se había mordido la lengua. Fue al baño y al rato reapareció lo más campante.

Después, al oído —remató Luisa— me confesó que en realidad se le había salido un implante, pero que se lo había vuelto a colocar en el baño.

Me reí.

¿De qué te reís, desgraciada?, me dijo Luisa, tentada también.

De que podría haberme pasado a mí, tengo el mismo despelote dental.

De la rata ni noticias. Al igual que con ciertos quistes, espero que desaparezca sola por la misma puerta por la que vino. Blanca sospecha que tal vez, incluso, no hayan sido excrementos de rata lo que encontró el otro día sino de un pajarito que cada tanto logra entrar al living por el balcón.

En clase de arte vimos varias obras sobre Adán y Eva. Me costó poner en palabras lo que pensaba sobre uno y otro, qué impotencia el

lenguaje, nunca viene en mi ayuda. Dejé que opinasen los demás. Lo que hubiese querido decir era: ¡Menos mal que tuvimos a Eva y menos mal que agarró la manzana!, porque si el paraíso es pasearse desnudo y comer frutas con un pelmazo, no me interesa aspirar a él.

Anoche hubo un apagón y desde la ventana de mi cuarto alcancé a ver la Cruz del Sur hecha de alfileres de diamantes. ¿Habrá sido realmente la Cruz del Sur?

Estuve estudiando en la cocina el cuadro de la artista de Tierra del Fuego que compré hace meses. Siempre le encuentro algo que no se me había ocurrido antes. Por ejemplo, las pinceladas grises, que por primera vez asocio a la posibilidad de una estructura de hormigón oculta bajo la nieve.

Luisa le pasó mi teléfono a un hombre que no conozco.

Te conseguí un candidato, me avisó, sin darme tiempo a réplica.

A la hora, me llamó el señor. Por la voz, no supe si estaba borracho o si era una caverna. Me preguntó a dónde quería salir a cenar. No supe qué responderle. Mi marido jamás me preguntaba a dónde quería ir, simplemente me decía nombre y dirección del restaurante.

Al final, no salimos. Tampoco me volvió a llamar.

Además de pasarme coordenadas, mi marido me compraba el vestido y las alhajas. Me adornaba como a un árbol de Navidad y yo salía hecha un farolito, agarrada de su brazo, chocha.

Mi hijo, el del perro, me preguntó hace poco si me gustaba salir así. Le dije que al principio costó, pero después me acostumbré. El gusto no es más que la repetición de una cosa aceptada. Bueno o malo, es ante todo costumbre. Ahora me acostumbré a estar de camisón y pantuflas. Perdí la cuenta de cuántos años lleva este *ahora* .

¿Desearía más si tuviese los recursos para satisfacer esos deseos? Por recursos me refiero a un cuerpo vivo, sano, carnoso. La respuesta es no sé.

Gracias, pero paso, le dije a Luisa.

¿Salieron?

No, apenas hablamos. Tengo que dejar de esforzarme en hacer

cosas que no me interesan y dedicarme más a, por ejemplo, Saul Bellow.

Qué contradictoria que sos, pareces la letra chica de un préstamo.

Yo jamás me contradigo, ¿o sí?

Estaba convencida de que cargaba unos cuantos pecados capitales: la gula, la envidia, la ira y la pereza, la madre de todos los vicios, mi epíteto homérico por excelencia. Pero ya no estoy segura. Los pecados no son propios; son otros quienes nos los asignan. Cuesta explicarlo, pero lo vi clarito clarito en una película donde una pobre mujer conseguía trabajo en un cabaret de cuarta como bailarina. Por contrato, la obligaban a pesar 52 kilos. Ni un gramo más. Bailaba noche tras noche para unos gordos grasientos que comían bistec y tomaban vino.

¿Soy perezosa? Es cierto que salgo poco, que no hago la cama y que si fuese presidenta lo primero que haría sería prohibir el deporte, pero eso refiere a una pereza ajena. Mi curiosidad está intacta, el universo es inabarcable. En todo caso, ojalá mis pecados me protejan de un paraíso moralista.

Kazuya Sakai, la etapa de las pinceladas, ¡qué pinceladas!

Tomás Espina, pólvora, igual que el chino aquel, Guo algo

Encontré una carta que mi marido le mandó a su hermana poco antes de que ella muriese en un accidente. Es una carta de cuando ambos eran jóvenes, ninguno tendría más de 25 años. Una carta anterior a nuestro pasado en común, en la que nombra a personas que no conocí. Es inmensurable lo que muere con quien muere, un mundo entero. Me dieron ganas de preguntarle por esa gente, por esas ideas. Me dieron ganas de volver a hablar con él de edificios, de represas, del río en Chicago al que le cambiaron el curso. Guardé la carta en el mismo lugar en el que la encontré: la página 127 de un libro sobre arquitectura grecorromana.

Hilma af Klint se inspiró en la *Teoría de los colores* de Goethe, que

carece de un sentido físico: Goethe la escribió en plena depre. Burdamente hablando, lo que hizo fue asignarles a los colores una carga psicológica. El azul, por ejemplo, arrastra oscuridad.

El arte contemporáneo ya no habla del exterior, sino de sí mismo; del color, de la forma, del material. ¿Cómo se puede hablar de esos temas?

Por otro lado, ya nadie pinta. La pintura ya fue.

Leí también que Hilma pintó los 193 cuadros de la serie *Cuadros para el templo* , epicentro de su arte abstracto, sin dibujos preliminares y sin cambiar una sola pincelada. Como sus obras eran muy grandes, para poder mostrarlas las reproducía en miniatura en sus cuadernos, que transportaba en una valijita. Una valija-museo.

Revisando cajones, encontré una receta oftalmológica vencida. En el reverso leí, de mi puño y letra, la siguiente anotación:

¿Puede haber pensamiento sin lenguaje? De lenguaje sin pensamiento está lleno.

Me mandé un chistecito. Qué ridícula.

Un poco más abajo, leí:

Si hubiese sabido, te lo habría dado.

¿Estaría practicando conjugaciones verbales? Me acordé de Sonia, que me escribió por chat para preguntarme nombre y apellido del cuñado de Luisa. Un día más tarde, cuando se lo pasé, me respondió: ya no me acuerdo para qué lo quería.

Junto con la orden médica, encontré el retrato de hace unos meses que me hizo mi nieta, en el que aparezco con ojos rasgados y medio bizca. Lo volví a guardar donde estaba. Hay buenas historias detrás de los retratos. Como la de Picasso y Gertrude Stein, que cuando vio el cuadro terminado, se quiso morir. El lienzo mostraba a una mujer robusta y marrón.

Esa no soy yo, le dijo ella.

Ya lo vas a ser, le respondió él.

No se equivocó; la Stein que conocemos es la Stein que pintó Picasso.

Me dan curiosidad, también, los autorretratos o, mejor dicho, la obsesión de los artistas con los autorretratos. Se pintan una y otra y

otra vez, casi con desesperación, como si pintarse fuese la única posibilidad de verse a sí mismos. Bah, digo yo.

Al final, desistí. Tenía la intención de ordenar porque me da tranquilidad, pero no hubo caso, ordenar es fracasar. Además, lo espontáneo funciona; una no olvida lo que siempre hace.

Blanca se fue hoy de vacaciones a Tucumán por un mes, tiene familia allá.

Me dejó comida en el freezer: dos tartas, una docena de empanadas, milanesas de pescado.

Yo dejé la ventana abierta para escuchar el día. La realidad ocurre en otra parte.

Sonia me recomendó un profesor de gimnasia particular, porque me vio media media.

¿Practicás algún deporte vos?, me preguntó, con ese tono fatalista propio de una madre siciliana.

Por suerte, ninguno.

Tengo un chico muy muy para pasarte.

¿Te parece, Sonia, a esta altura, hacer deporte?

¿Y por qué no?

Dejate de jorobar…

Haceme caso, ¿querés? Este chico va a tu casa, lleva los aparatos, te entretiene.

¿Qué aparatos?

Las pesas y eso. Además, la primera clase es de prueba, no la cobra.

Le prometí pensarlo para que me dejara en paz, pero de solo imaginarlo me duele la cabeza. Además, tendría que ver si encuentro un calzado apto, porque en pantuflas no lo puedo atender.

Fernand Léger, tubos y colores primarios, también mujeres monumentales

Camille Corot, sus hojitas parecen en movimiento, es una cosa rarísima

Hilma af Klint, la reconozco a la legua

A la tarde, cuando intentaba recordar el nombre del padre de Daniel Day-Lewis, sentí apremio por ver a Fanni, que seguro sabía la respuesta, así que aproveché el envión para preguntarle si estaba en su casa, si podía pasar a visitarla.

Síiiiiiii, respondió.

A medio camino, recibí un mensaje por audio de su hija, en el que me decía que meses atrás su madre había tenido un episodio, que le habían diagnosticado demencia senil y que, desde entonces, estaba con una cuidadora que iba hasta las 18 h. Agregaba que Fanni podía mantener una conversación y recordar incluso cosas del pasado, pero que su memoria no era la misma. Al final, me pedía que por favor no le diese noticias que pudieran alterarla.

No supe si me estaba tomando el pelo o si hablaba en serio. ¿La memoria de quién sigue intacta?

Estoy en camino, ¿puedo pasar igual?, insistí.

Me respondió que no, que la cuidadora se iba en diez minutos, y que si Fanni escuchaba el timbre estando sola se iba a poner muy nerviosa para bajar a abrirme, porque acababa de ponerse el camisón.

La cuidadora la cambia justo antes de irse, así queda lista para la noche, concluía.

Mi cabeza frenó en seco. ¿Cómo es posible creer que uno cuida de una madre cuando piensa en su madre como un problema? ¿Y con qué derecho se viste con un camisón a las 18 h a una persona que vive sola y a la que le cuesta dormir? Una cosa es elegir vivir en camisón y otra muy distinta es que alguien te imponga uno.

Siempre supe que la hija de Fanni era una imbécil. Pero, después de esos mensajes, pegué la vuelta a casa pensando que además era una mierda.

Ya de regreso, más calmada, le escribí a Fanni diciéndole que no me sentía del todo bien, que lo dejábamos para otro día. Me respondió enseguida:

Querida, seguro mi hija metió la cola, porque no tuve mejor idea que avisarle que venías. Creo que no te conté que tengo una cuidadora peruana

aún más bajita que yo, con unos ojazos de Hollywood; son de color subido y pestañas largas, unos ojos preciosos como los tuyos, pero lo mejor que tiene es el nombre: se llama Emperatriz.

Emperatriz? Buenísimo…

Esperá, no me dejaste terminar, se llama Emperatriz Castillo.

JAAAAAA Ay Fanni… y cómo se llamaba el padre de Daniel Day-Lewis?

Nicholas Blake, genial autor de novelas policiales, elegido por Borges y Bioy para el primer libro de la colección que crearon, La bestia debe morir. *¿Por qué preguntás?*

Fui al teatro con Sonia y mis audífonos. Nos sentamos en la última fila.

¿Peores ubicaciones no había?, le comenté, y en cuanto terminé la frase una mujer altísima, con más peinado que cabeza, se sentó justo delante de mí. Sonia se rio.

Cuando quise subir el volumen de los audífonos me percaté de que me había dejado el celular en casa, se regulan desde ahí. Creo que estuvieron apagados durante la función entera, oficiaron de tapón. Igual algo pesqué. La protagonista decía: *quedate donde el tiempo te dure más* , y yo pensé que no debería haber salido de mi cocina.

A la salida fuimos a comer un revuelto gramajo. Sonia está desesperada porque la hija quiere llevársela a vivir con ella.

Tiene miedo de que me caiga por la escalera de casa o me dé un derrame brutal y me encuentren tres días más tarde, me explicó.

La gente bien intencionada me vuelve loca, te lo juro, la respaldé.

¿Sabés lo que hice? Dejé de atenderle el teléfono. Yo sé que la nena es buena, pero que no me hinche las pelotas, mirá si a esta edad me voy a mudar otra vez de casa. ¡Y encima a la suya!

¿Ella vive con tus nietos?, quise saber.

Sí, con los cuatro, ¿te imaginás? Son unos salvajes, incluso cuando me abrazan.

Mientras Sonia hablaba, se masajeaba un pie. Por culpa de la artritis dejó de usar zapatos y va a todos lados con medias y ojotas. De postre pedimos flan mixto. Pagamos a medias.

No le confesé que las escaleras se convirtieron para mí en objetos temibles. Algunas tienen la pedada tan chica que me obligan a caminar como si fuese Chaplin, riesgosísimas. La vejez puede ser tan obvia. Pese a los años, las dos seguimos sin saber cómo hacer para avanzar. La indefensión de estar cayendo nos acompaña la vida entera.

Le señalé al doctor Schussheim que alguien enfermo es un poco lastimoso para el resto, pero alguien enfermo y viejo es casi abominable. Siendo médica, aprendí que tarde o temprano pacientes

somos todos. El tema es a partir de cuándo y cómo.

El doctor, con la mano trémula, marchita como una hoja de hiedra en otoño, escribió en su libreta. Mientras lo hacía, sonrió de manera angelical, igual que los recién nacidos cuando duermen. Se puede ser todo eso a la vez.

A mi hijo, el del perro, le gusta que le cuente cosas de su infancia. Me pide siempre los mismos relatos. La vez que se prendió fuego una turbina del avión y el comandante dijo *no miren por las ventanas* , lo que generó que automáticamente los pasajeros mirasen a un lado y al otro, como un partido de tenis; el día que se perdió en la playa porque salió del mar desorientado; la noche en que lo llevé a su primer recital de rock con corbata y mocasines, porque también era mi primer (y único) recital de rock.

La otra tarde fui yo quien le pidió que me contase esas y otras anécdotas del pasado. Quería escuchar la traducción de mis relatos y ver si la repetición era capaz de doblegar el tiempo.

Cuando recordó el incidente de las turbinas, dijo que el avión era de American y que volábamos a Nueva York. Sus pupilas se dilataron a medida que avanzaba con el relato, se lo había apropiado. No le dije que era un avión de Pan Am y que íbamos a Los Ángeles. ¿Para qué? Nuestra vida no es más que la historia que contamos de ella, sobre todo a nosotros mismos. Distinguir lo que sucedió de lo que pudo haber sucedido es una constante que me trae sin cuidado. Tampoco recuerdo haber ido a Los Ángeles.

Después de hojear un libro sobre esculturas, decidí que sí me voy a operar de cataratas. Quiero mantener los ojos abiertos, no quiero la mirada ciega e inexpresiva de una estatua, tampoco el frío de esa palabra. Los colores, además, me hacen desear. ¿Qué deseo? Colores.

Cuando se lo comuniqué a mis hijos, me felicitaron, me dijeron que les parecía la decisión correcta y valiente.

No lo había pensado en esos términos. Creo que es la decisión correcta, pero no por una cuestión de valentía, sino de resistencia.

El alemán August Sander es uno de mis fotógrafos favoritos. Sus

retratos me aceleran la circulación de la sangre. Documentó la sociedad alemana de la primera mitad del siglo XX con una sola premisa: lograr fidelidad. Sus fotos no emiten juicios ni sentimientos, las personas retratadas miran a cámara de frente. Sander buscaba una imagen despojada de manipulaciones, tanto por parte del fotógrafo como de la persona fotografiada. Casi lo logra, pero al final lo venció el *casi* . No es posible tener un instinto libre de teorías.

Mi hijo, el abogado, me llevó a firmar la renovación de un contrato de alquiler al microcentro. Yo voy y rayo mi nombre donde él me indica, no me interesa en lo más mínimo entender la jurisprudencia. Garantías, actas, gravamen, tasas, litigio, medida cautelar, daños y perjuicios, mi hijo habla y yo entrecierro los ojos para hacerle creer que le estoy prestando atención, mientras con la mente viajo a Cracovia.

Después fuimos a tomar algo al Florida Garden. Pedí un café, mi hijo un té. Qué cosa insulsa el té. Pienso en esos pobres muertos de hambre de los cuentos rusos que después de viajar días por la nieve llegan a una casa y les ofrecen té, qué miseria.

Nos atendió un mozo jovencísimo de ojos separados como los de un lagarto, uno en cada sien. Le pregunté si seguían yendo pintores famosos, me respondió que esa mañana una mujer se había sentado en la mesa de la esquina y había dibujado el lugar. Cuando estaba por explicarle a qué me refería por pintores famosos, mi hijo me apretó el brazo y me apuñaló con la mirada. Me callé, el mozo siguió con lo suyo.

A veces tengo la sensación de que la vida es entrar por una puerta giratoria con minifalda y toca y salir con implantes y biaba. Tendría que haberle hecho la pregunta al mozo y no dejarle creer a mi hijo que mis divagaciones mentales o mis modos de ser son menos que los de cualquier otro. Si una persona joven dice una burrada o manifiesta mal humor sigue siendo una persona joven. Yo, en cambio, paso a ser una persona gagá o cascarrabias.

Él dijo *garantías* tres veces y *perjuicios* otras tres, por favor, a quién le importa.

Siento culpa por tirar papeles sin usar, por no salir de la cama, por la llegada de la primavera. Es extraño, porque la culpa es un concepto católico, al igual que el pecado y otros de sus mamarrachos. Aunque reconozco que los católicos inventaron dos gordas fantásticas: el perdón y el más allá.

Cada vez que mi hijo, el abogado, se saca los anteojos y se frota los párpados con los nudillos veo a mi marido. Primero renace su cara desnuda, después sus hombros, sus manos, a veces incluso sus piernas, que cruzaba como una mujer. Mi memoria se llena igual que una represa, pero enseguida se abren las compuertas.

La ausencia de mi marido es una presencia dolorosa. La aggiorno para que no desaparezca.

Luisa me volvió a arrastrar a una cena con conocidas. Fuimos a un restaurante árabe, donde nos atendió un mozo con orugas negras en lugar de cejas, intimidante, nosotras casi no tenemos cejas. Las demás hablaron sin parar, y sin decir nada, sobre si viajar con valija y *carry on* o solo con *carry on* … Luisa y yo repetíamos al unísono claro, claro, imitando el coro de una obra de teatro griego.

Casi nunca expresamos ideas cuando hablamos. Hablamos para animar, entretener, dar el presente. Será por eso que me fastidió la última película francesa que vi, sobre un matrimonio que derrapa. Los diálogos estaban tan pulidos que me resultaron inverosímiles. Nadie habla así, como sabios a cada instante.

Una de las mujeres, a la que no veía hacía añares, tenía el escote arruinado, salpicado de lunares y arrugas. También, un collar de perlas precioso que le subía y le bajaba cada vez que su pescuezo se esforzaba por tragar. Cuando me vi en el reflejo de la puerta de vidrio que daba a la calle, noté que de tan encorvada que estaba parecía un rulo. Me enderecé. Miré a las demás. Ninguna tenía la dignidad de una estatua. En cuanto volví a casa sentí el alivio de estar lejos del malentendido constante de los otros.

Desde que se fue Blanca, la cama está sin hacer, los cuartos sin ventilar, las tazas en remojo. La casa tiene un halo de abandono

similar al de esas plazas públicas que nadie frecuenta.

Anoche vi un documental sobre Nuréyev. Qué tipo bárbaro. No sé cómo lo logran, pero los bailarines rusos saltan y demoran más en caer, quedan ahí colgados, desafiando la gravedad. Lamento no haberlo visto cuando vino al país en los años ochenta, todavía me duele de solo pensarlo.

David Hockney, pop, pinturas planas, splash

Richard Diebenkorn, artista del Pacífico muy peace and love; abstracción lírica, casi no hay figuración

Salimos con Luisa al cine. Unos metros antes de llegar al complejo, frenamos frente a un local de artículos de plástico. En la vidriera vimos canastos, tuppers, perchas, una manada de tachos de basura, sillas, estanterías. Los colores eran estridentes. Naranjas y violetas. Luisa se quedó un rato largo mirando cada ítem, con las manos cruzadas en la espalda.

¿Vamos?, le dije.

Todo lo que quiero está en esa vidriera, me respondió.

Nos reímos. A mí me pasa otro tanto con una bombonería de la calle Marcelo T., que exhibe sus cajas de chocolates sobre mesadas de mármol. Si tuviese que recomendar una atracción de Buenos Aires recomendaría esa bombonería.

A la salida fuimos a tomar un café. Le pregunté cómo estuvo la ópera *Einstein en la playa* , de Philip Glass, que fue a ver la semana pasada. Yo no conseguí entradas.

Minimalismo puro, ¿cierto?, le pregunté.

Fue un plomo, de mínimo no tenía nada, duró más de tres horas, y de Einstein tampoco, no sé por qué se llama así.

Donald Judd, la escalera, repite repite repite repite

Querida, ¿estás por ahí? Acabo de enterarme por la tele de que somos el futuro: ¡en Alemania se venden más pañales para viejos que para bebés! Cariños, FANNY

Muy bueno Fanni, es tal cual! Además, Dios nos crea y el tiempo nos amontona: nacemos mujeres, judías, blancas, morochas, fuertes y al final terminamos todas viejas.

Querida, si esta semana finalmente logramos concertar nuestra cita, cuando estemos cara a cara no me digas que estoy igual, porque tengo espejos. Es sorprendente la capacidad de estiramiento y ensanchamiento de ciertas partes del cuerpo. Ya lo decía Hegel: el destino es uno mismo bajo el aspecto de otro. No te das una idea de lo que ha cambiado mi hija también, no la reconocerías. Me impresiona más ella que yo, pero creo que se debe a que la veo más a ella que a mí misma. Querría hablarte de otro tema pero no se me ocurre nada. En este momento estoy sentada en el sillón tomando té y eliminando mensajes que no me interesan en absoluto. Por más que insista en borrar, el pasado nunca termina de pasar. Por suerte se curó mi bronquitis. Un abrazo cariñoso, FANNY

No se me ocurriría jamás decirle a Fanni que no cambió. La última vez que la vi ya estaba cuesta abajo y completamente sorda. También maravillosa.

El pasado no termina de pasar. Coincido. Pero a la vez me queda lejos, ya no puedo llorar cosas tan distantes.

Teseo, Orfeo, Psique, Hércules, Ulises, Eneas, cada uno tuvo una razón para descender al inframundo. Algunos lo hicieron con ayuda, pistas del estilo no toques nada, no aceptes de más, no respondas antes de tiempo, pero todos bajaron sin certezas, de la misma manera en que llegamos al mundo, el mismo salto al vacío.

Qué serán los muertos. Qué serán.

Leonora Carrington, personajes alargados, capuchas, fantasmas, levitación

Edward Hopper, ventanas hacia adentro, ventanas hacia afuera, ventanas

Para acentuar sus puntos de vista, Mume usa el sufijo *azo* . Hace un rato me dijo al teléfono que, a la salida del teatro, de un cochazo salió primero un perrazo y después un gayazo.

No supe muy bien qué imaginarme, ¿un Rolls Royce, un galgo afgano y un hombre íntegramente vestido con lentejuelas?

La historia era disparatada, no pude seguirla, pero en un momento Mume dijo algo muy lúcido, algo como que en la alegría estaba el principio de su dolor. Esta vez no me habló de los tumores benignos que la vuelven loca. Al contrario, dijo que nunca se sintió tan joven.

El comentario me golpeó como un boomerang: ahora sí que está eterna.

Existe un destello final previo al apagón. Unos días antes de morir, mi marido despertó con buena cara: parecía recién planchado, sus arrugas habían desaparecido. Quienes lo visitaron se alegraron, pensaron que era una mejoría, pero yo ya había visto en pacientes terminales esa última rendija. Después, solo resta avanzar hacia la noche.

Un destello es lo que el tiempo no puede ser; no se acumula, no dura, no es la parte de un todo.

En clase de arte vimos fotos de Dorothea Lange. Cientos de personas retratadas en la ruina, ninguna con nombre propio salvo por el retrato icónico de Florence Owens Thompson, conocida como la *Madre migrante* .

La profesora sostuvo que la fotografía es confiable porque fija una imagen; la Madre migrante será siempre la Madre migrante. Los relatos, en cambio, se modifican cada vez que cobran voz. Tomé coraje y opiné que la fotografía contiene la muerte: cuando se toma una foto se dice *shoot* , mientras que los relatos son maleables.

La profesora siguió la clase sin inmutarse. Me di cuenta de que no había escuchado mi comentario porque olvidé activar el audio.

La confiabilidad del arte me trae sin cuidado.

Compré unos zapatos y les fui a poner suela de goma para no matarme. Le di al zapatero 5000 pesos. Con su mano hinchada de venas me devolvió casi toda la plata. El arreglo costaba 500.

Al salir, en la esquina, me frenó un reportero para preguntarme a quién iba a votar en las elecciones presidenciales. Justo a mí. Le respondí: no sé. Me preguntó cuál era mi mayor preocupación nacional, le respondí: sí, sí. Me amargó el día.

No tengo idea de lo que valen las cosas ni qué respuestas dar, menos aún con un micrófono delante, pero definitivamente el cielo y el infierno están acá, en la Tierra. Me desvela pensar que la vida podría continuar después de la muerte, que el fin en tanto fin se corra.

De joven me la pasaba yendo al Lorca, por eso no fui buena médica, porque me interesaba más el cine.

Visité una galería ignota que me recomendó Luisa. Tenía tres salas con unos techos altísimos y en el centro una vitrina con cacharros de metal: plato, vaso, cubiertos. Ninguna explicación de la obra, tampoco título y menos que menos público. La llamé *Arreglátelas sola* . A los quince minutos apareció un señor despeinado y ojeroso que parecía recién salido de la niebla.

¿Usted es el artista?

No.

¿Trabaja acá?

No.

Me fui con la misma incomprensión con la que llegué. Ya en casa, llamé a Luisa. Le hablé de los cacharros y del señor desaliñado con un dejo de burla, pero era la pura verdad. ¿Acaso es posible narrar con respeto?

Cuando le pregunté a Luisa para qué me había mandado a ese antro, me respondió: yo no te mandé ahí, entraste a la galería de al lado.

Anoche no pude conciliar el sueño y me entretuve con un crucigrama. Se me escaparon las plantas: *Anapelo, planta venenosa* , siete letras; *Abeto, árbol* , ocho letras. *Simiente del cáñamo* , ocho letras.

Sí logré completar *joven filósofo romano* , seis letras: *Séneca* . Mi marido contaba que, en una de sus obras, Séneca hacía mención a un general romano que pedía ser enterrado cada noche previa a una batalla para tomar coraje. Qué absurdo, pensaba y pienso. No es posible prepararse para la muerte. Tampoco para el amor.

A las cuatro de la mañana me metí en la cama. Estábamos exhaustas, la noche y yo.

Fui a almorzar a lo de mi hijo, el del perro. Mi nieta menor me contó un sueño que tuvo con gatos y aljibes o, mejor dicho, que empezaba con gatos y terminaba con aljibes. Entre medio, una vida, no se salteó ni una línea. Solo la interrumpí dos veces. La primera a medio camino, para preguntarle qué era lo que quería contar. Me respondió: todo. La segunda, al final, para saber cómo conocía la palabra aljibe. Me respondió: de los cuentos.

Mientras mi nieta hablaba, el perro no se separó de mí. Después llegó un amigo de mi hijo y no se separó de él. Caí en la cuenta de que no tenía un vínculo conmigo, sino que es de esos perros que simpatizan por demás con cualquiera.

Mi hijo y su amigo comentaron una obra de teatro.

Es moooooi buena, moooooi buena, repetía el amigo, y sobre el final, como para que no quedaran dudas, sentenció: es boeníiiisima.

Querida, ¡shaná tová! Otro año, ¡guau! ¿Te juntás a festejar con alguien? Yo con mi hija nomás, que para cuidarme me acecha como un cazador oculto, ¿te lo mencioné? Tomaremos vino blanco. Tengo mucho para contarte, tendrías que venir a casa, si fuera posible este jueves, porque mañana vienen a romper un caño, en fin, es muy largo para mensaje. ¿Vos estás bien? Te extraño. El otro día pensé que la conversación es un arte que a lo mejor puede olvidarse y me asusté. Cariños, FANNY

Shaná tová amiga!!!!! Tenemos que vernos, tal cual. Vos qué días podés?

Querida, yo podría esta semana, ¿te viene bien a vos? Le puedo pedir a Emperatriz que nos prepare unas empanadas de carne. Estuve pensando y llegué a la conclusión de que tal vez hace millones de años atrás desaparecieron civilizaciones enteras y luego todo volvió a empezar y ahora el hombre se encargará nuevamente de terminarlo. ¿Será así? FANNY

Más… te quiero escuchar.

Fuimos con Luisa al Colón, a la función de *Il trovatore* . Era una versión sin puesta (o *puesta ahorro* , como la llaman algunos), así que solo le prestamos atención a una cosa: Anna Netrebko. ¡Qué mujer! Yo la había escuchado años atrás cuando recién arrancaba y ya entonces me había impresionado, pero esta vez me atravesó el cuerpo. Fue superlativo: no tenía la voz cascada por la edad, sino plena, un pianísimo que salía del escenario y perforaba al público.

Salimos del teatro tan conmovidas que caminamos agarradas en jarra, un poco para seguir sintiendo juntas y otro tanto para no caernos. Sobre la marcha decidimos ir a cenar a una pizzería. Mientras apurábamos el paso por el frío, le conté que en Europa prohibieron a la Netrebko por la invasión de Rusia a Ucrania.

A ella y a unos cuantos más, incluido Tchaikovsky, ¡Tchaikovsky! ¿Pueden ser tan tarados, Luisa?

Lamentablemente, sí. ¡Mirá si prohibir va a ser la solución! ¿Pero sabés qué más sentí mientras ella agonizaba en manos de Manrico en el último acto? La liberación de todo miedo, no sé si me explico.

Yo me sentí translúcida, ¿te referís a eso? ¿Es posible que una voz logre algo así?

Estábamos eufóricas y a cada rato repetíamos ¡qué mujer!, ¡qué mujer!

Entramos a la pizzería. El barullo y el tintineo eran tales que costaba escuchar lo que comentaban las personas de las otras mesas, que también venían de la ópera. Supusimos que estarían hablando de lo mismo, pero las dos frases que logramos atrapar nos descolocaron. Una fue: *¿Se imaginan cómo estaría el mundo si en India todos tuviesen auto?* Y la otra: *Quiero que alguien me explique para qué sirve la lechuga* . Con esta última me reí, yo tampoco sé para qué sirve.

Ya en casa me fui a dormir con la certeza de que la Netrebko es lo mejor que vi en mucho tiempo y de que casi seguro sea lo último que vea de este nivel.

A mediados de los setenta viajé a San Petersburgo con un comité de médicos. Nos hospedamos en un hotel de cortinas rojas idénticas a

las que tenía mi *bobe* en su casa. Cada piso tenía un pasillo larguísimo, en cuyo fondo había, como parte del decorado permanente, una abuela tejiendo. Era una espía. De entre todos los informes absurdos que coleccionó la Unión Soviética, el de nuestro comité de médicos debió de ser el más aburrido. También recuerdo la ausencia de colores en las calles. Esa fue una observación más difícil de descifrar, pero en cuanto volví a Buenos Aires y me choqué con un cartel de Coca-Cola, lo entendí: allá no había anuncios. La publicidad, qué regresión. Lo pensé entonces y lo sigo pensando hoy. Una vida pensando las mismas cosas.

Leí dos veces una poesía de William Carlos Williams. Solo alcancé a reflexionar sobre lo malditos que son ciertos padres. ¿Lo llamaron William? ¿Con ese apellido?

¡Qué tremenda insensibilidad la de los objetos inanimados! Como la de mi computadora, que lleva dos días sin arrancar, o la de mi agenda de esta semana: el jueves, a las 16, estrenan la película irlandesa que quiero ir a ver al cine, tengo turno con el oculista y un té de chicas. El resto de los días vacíos, pérfidamente vacíos.

El doctor Schussheim me preguntó qué es lo que me atrae del arte.

Yo dudé.

Él esperó.

El arte no es más que un intento, las pinturas no tienen ningún significado, susurré con la cabeza gacha.

Él siguió esperando.

Cuanto más las miramos, más capas descubrimos. Y también creo que no hay nada interesante en mí. ¿No se aburre horrores con las pavadas que le cuento?

La paciencia de este hombre es admirable.

Sarah Sze, hace así y así y así hasta formar un mundo que se extiende

Gego, triangulitos de alambre que forman volúmenes invisibles,

atravesables

Mi nieta me mandó tarea: una fotocopia con preguntas que le dieron en el jardín. Se titulaba: *Entrevista a mi abuela* .

La completé lo mejor que pude.

1) ¿Cuál era tu juguete favorito de la infancia? Una muñeca de porcelana Marilú.

2) ¿A qué jugabas en los recreos? A la payana, a la soga y a la rayuela de tierra a cielo.

3) ¿Qué ropa usabas para ir al colegio? Manoplas para ir y volver, y mitones para escribir. Hacía muchísimo frío.

4) ¿Qué libros leías? Los de Constancio C. Vigil. Y *Oliver Twist* .

Una semana más tarde, mi hijo, el del perro, pasó por casa con más tarea: la misma fotocopia, con una diferencia: donde decía *abuela* ahora decía *abuelo* .

Nos sentamos juntos en la cocina, pero no pude responder a las preguntas 1, 2 y 3. A la 4 sí, porque un estante de la biblioteca de casa aún hospeda la colección completa de Emilio Salgari que le pertenecía a mi marido. Mi hijo me pidió que me esforzara y me recordó que la única verdad es la verdad a medias. Bien por mi hijo. Entre los dos, respondimos así:

Entrevista a mi abuelo .

1) ¿Cuál era tu juguete favorito de la infancia? Soldaditos.

2) ¿A qué jugabas en los recreos? Al fútbol y al croquet.

3) ¿Qué ropa usabas para ir al colegio? Pantalones cortos.

4) ¿Qué libros leías? Las aventuras de Sandokán.

Antes de que se fuera, le dije que no podía creer que las chicas no supieran quién fue su abuelo.

Deberías hablarles de él, yo lo hago constantemente, me respondió.

¿Qué les vas a explicar? Es inútil. ¿Qué les decís?

A mi hijo se le sembraron los ojos de brillo y largó: ¡CEAUTICA CLAUNEGALO VIVESTIDO!

Nos reímos como dos tontos, y al unísono enumeramos: César,

Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón…

Agregá en la 1 que los soldaditos eran romanos, lo despedí.

A la tarde salí a tomar algo con Nora, que anda con culebrilla, y otras dos que no conocía, todas con más de ochenta; no sé dónde estarán los menores de ochenta. Fuimos a una confitería con columnas corpulentas y espejos. Nora apareció con un vestido elegantísimo de pana azul, el pelo recién teñido y las uñas pintadas. Estaba tan arreglada que parecía como si un pedazo de la noche se hubiera adelantado. Pese a todo, se la veía hecha bola, el cuerpo no miente; para ver, basta con regresar al cuerpo.

Apenas nos sentamos, las otras dos mostraron fotos de sus nietos en el celular. Yo quería pararme para tocar las columnas y ver si eran de mármol o de estuco, solo a mí me incumben esas estupideces. Desistí y terminé mostrando una foto de mis nietas, que tardé en encontrar.

Son igualitas a vos, querida, un calco, dijeron.

Miré la foto con atención, pero no vi semejanza alguna. ¿A qué se debe esa obsesión por encontrar parecidos entre familiares? Supongo que el ojo descansa cuando encuentra una similitud; apoyar la mirada sobre lo conocido es una irresistible debilidad humana. Lo desconocido, en cambio, es complejo. Siempre se miró al otro como una curiosidad; siempre siempre siempre, desde que los europeos iban a Asia y miraban a los chinos como si fuesen monitos. De ahí la incomprensión.

Pedimos un champagne y dos tostados para compartir.

Viento cierzo, dijo Nora de pronto, cuando el mozo abrió la puerta de la confitería y entró una ráfaga. Yo recité en voz alta: *Antes que el cierzo de la edad ligera/ seque la rosa que en tus labios crece*… Por una vez, las palabras vinieron solas. Me alegré, porque memorizar fue siempre una de mis primeras respuestas con respecto a la literatura o la música. La memoria es la madre de las nueve musas, me reconforta no haberla perdido. Para las claves del *home banking* uso un archivo que armó mi hijo, el abogado.

Una luz amarilla inundó la mesa y por un cuarto de hora fuimos santas enchapadas en oro. En cuanto el ambiente dorado de la tarde se

esfumó, pedimos el café y la cuenta.

¿Igualitas a mí, dijeron? Ni siquiera yo me parezco a mí misma.

Volvió Blanca, más bronceada y con un nuevo corte de pelo.

A usted también se la ve bien, me dijo.

Levantó persianas, lavó la vajilla acumulada en la bacha y cambió las sábanas.

Dormí profundamente, nueve horas de corrido.

El calor ya es insoportable, va a ser un verano carnoso. Así y todo, la vida es una maravilla.

Murió Fanni. Me llamó su hija para avisarme. La enterraron en una ceremonia íntima. Me dijo que se fue el día de las elecciones y que eso le dio bronca porque complicó los trámites, el país le estaba prestando atención a otra cosa. Además, el día anterior había muerto una panelista de la tele (no recuerdo el nombre que farfulló) y entonces cada vez que le señalaban ¡murió el mismo día que la panelista! ella tenía que aclarar que no, que su madre falleció el domingo electoral.

Es difícil morir en el momento adecuado, le respondí a modo de consuelo.

Fue una conversación breve.

En cuanto cortamos, me fijé si tenía mensajes sin leer de Fanni. Había dos:

Querida, te cuento que seguí reflexionando sobre la aparición y desaparición de civilizaciones enteras y resulta que no soy la única que lo piensa: también Marco Aurelio creía que incluso las civilizaciones más avanzadas caerían en el olvido. Próximo está tu olvido de todo, próximo también el olvido de todo respecto de ti*, escribió. A tu marido le hubiese encantado, ¿cierto? Desaparecer, ese es el precio que tenemos que pagar por haber aparecido. Yo lo festejo. ¿Te imaginas el tedio y la desesperación de lo infinito? Mi hija empezó clases de yoga, se lo está tomando muy en serio, ojalá le vaya bien, pero yo no le pregunto y ella no cuenta. Estoy por almorzar unas empanadas que me encantan, deberías venir un día a probarlas. También podemos vernos en un bar. Besos, FANNY*

Querida, gané un premio y con el premio compré un audífono nuevo, ahora soy menos hipoacúsica. Acompañada por Emperatriz, fui a la peluquería a cortarme el pelo. Siempre elijo la de la esquina de casa porque no me hacen preguntas ni comentarios estúpidos; de hecho, casi ni me hablan. Comí algo que me cayó mal, así que dejo nuestro encuentro para un poco más adelante, hasta nuevo aviso. Por favor enviá señales de humo, FANNY

Cuando le conté sobre Fanni a mi hijo, el abogado, me respondió: pensé que había muerto hacía tiempo.

Me desvelé a las cinco de la mañana, del lado oscuro del amanecer. En los últimos años, mi vínculo con Fanni se pareció al de dos náufragos: nos mandábamos mensajes en botellas con la certeza de que, tarde o temprano, llegarían. Nos esperábamos porque nos entendíamos, éramos sobrevivientes de una época que ya no existe. Ahora toca reapropiarme del pasado sin ayuda de nadie.

Qué intolerable la desaparición. Qué intolerable la permanencia. Vivir es una realidad incompleta, imaginaria, eso es vivir.

En un programa de televisión, un hombre de cuerpo pesado preguntó cuántas óperas escribió Wagner. Después, con mirada altiva, respondió: trece.

Me resultó un dato errado. La tetralogía de Wagner, que dura quichicientas horas, ¿cómo cuenta?, ¿como una ópera, como cuatro o como el mundo?

Pasé la tarde en el Cemic, porque confundí el horario del oculista. En lugar de ir 15:30 fui 13:50. El turno era en una sede que tenía un hall de entrada colosal, con techos altos y pasillos holgados; qué hermosura el espacio desperdiciado. Además, estaba fresco, un alivio. Esperé sentada en una sala donde había una pantalla en la que pasaban un juego de preguntas y respuestas. Acerté las de ciencias y no emboqué las de deporte.

El oculista me pidió que mirase arriba, abajo, una de sus orejas, la otra, la rutina de siempre. Cuando me consultó si me parecía bien agendar la operación de cataratas para dentro de tres meses, fijé la vista en su nariz arremangada. A la espera de mi respuesta, el doctor tamborileaba los dedos en el escritorio de fórmica blanca.

Ya en casa busqué *apodo del velocista Carl Lewis* , una de las preguntas que me había quedado resonando del juego. *Hijo del viento.*

Hace unos días, en la librería, descubrí una versión fantástica de *La Odisea* ilustrada. Cuando fui a pagar, el librero me preguntó si la envolvía para regalo. Le dije que sí, que era para mis nietas.

¿Qué edad tienen?

Menos de diez.

Primero me dedicó una sonrisa despreciativa y después comprensiva, casi idiota. Me sugirió entonces otras versiones más infantiles, dijo que la que me quería llevar era para adultos, que los dibujos eran bastante terroríficos. A mí me habían gustado, daban un miedo sano; uno sufrible y soportable. Le hubiese querido decir que precisamente por eso la llevaba, pero discutir con aquel librero me pareció de lo más estéril. Pagué en silencio. Me devolvió el cambio en

silencio.

Cuando le di el libro a mi hijo, el del perro, me miró con la misma cara que el librero.

¿No me vas a decir que te parece que es para adultos?, me adelanté.

Por lo visto, no soy el único que lo piensa, me retrucó.

Veamos qué dicen las nenas.

Hoy me confesó que a las nenas les encantó, están enganchadísimas con Escila y Caribdis, las ilustraciones más crueles. Me preguntó si podía conseguirles la versión de *La Ilíada* .

Me desperté pensando qué lejos están de mí mis piernas. Y mis brazos. El cuerpo en general, diría. Tal vez fue una sensación producto del sueño, dormida peso más. Desayuné café y me rearmé de a pedazos. Los músculos siguen lejos.

En el crucigrama volvió a salir la palabra *accésit* . También *Ur* , *ciudad de nacimiento de Abraham* . Me gusta esta última porque me recuerda el desarraigo que acarrea desde su nacimiento el pueblo judío. Los romanos nacieron en Roma, los egipcios en Egipto, pero los judíos no tenemos un lugar de origen. No venimos de, vamos hacia. Hacia quién sabe.

Juan José Cambre, estudio del color

Carl Andre, esculturas sobre el piso

Con Luisa cerramos la temporada de óperas yendo a ver *Madama Butterfly* . Lloramos de corrido las tres horas y media que duró la función.

Quisiera morir en Si menor, como Butterfly, me dijo Luisa cuando terminó.

La miré asombrada, yo nunca pude distinguir escalas mayores de menores.

¿Cómo reconocés las tonalidades?, le pregunté, todavía hundida en la butaca.

Un acorde mayor es alegre, si es mayor sostenido incluso brillante. El acorde menor es doloroso, ¿no escuchaste la tristeza de Cio-Cio-San cuando se atravesaba el puñal en la garganta?

Por supuesto, pero no distingo.

El programa que nos entregó el acomodador tenía un artículo muy lúcido que señalaba que Puccini no era un compositor de grandes hazañas sino de pequeñas cosas, y que se enamoró de la historia de Butterfly porque, a pesar de su muerte trágica, nunca deja de ser una mujer frágil. En la página siguiente, tenía una publicidad de un hotel que mostraba una cama matrimonial, acompañada por la leyenda: *El escenario elegido por los artistas cuando la música deja de soñar* . Leí soñar pero decía sonar.

¿Te gustó el libreto?, me preguntó Luisa a la salida.

Sí, mucho. Me gustó cuando Butterfly explica que cierra las puertas de la casa para mantener afuera moscas, parientes y penas.

Sí, sí, y también cuando Butterfly le va mostrando a ese maldito de Pinkerton lo que se trajo para su nueva vida matrimonial: pañuelitos, un broche, un abanico, un espejito… Parecía mi cartera.

Bajamos los escalones con una mano en la baranda y nos dejamos a la salida del teatro. No fuimos a cenar, Luisa tenía que madrugar al día siguiente.

En casa tomé café y antes de acostarme me acordé de otra parte del libreto, una en la que Butterfly le pide a Pinkerton que la quiera mucho, aunque sea un poco, igual que se quiere a una niña, como ella, que tiene apenas 15 años. No sé en qué tonalidad se canta una súplica así.

La artista de Tierra del Fuego a la que le compré el cuadro ganó un premio importante. Se lo conté por teléfono a mi hijo, el abogado, y me felicitó por haberla descubierto.

En verdad no descubrí nada, ya la había señalado la profesora de arte en una clase, confesé.

Desde que te conozco te copiás de la opinión o de la mirada de otros, no tenés ideas propias.

Es cierto, pero una elige por quién se deja influenciar, me defendí.

Te corto, estoy entrando a la oficina.

Qué curiosa la expresión que usó mi hijo: *desde que te conozco* . ¿Desde cuándo me conocerá? Nunca sabré si mis hijos se avergüenzan de mí.

Estuve releyendo mitos griegos en *Las metamorfosis* , de Ovidio. Antes, cuando no se sabía algo, se les adjudicaban las respuestas de los misterios a los dioses. Ahora se las adjudicamos al hombre, que hace una y otra vez los mismos desastres, y así estamos, construyendo una historia tartamuda.

Agarré por cable *El ladrón de Bagdad* , inspirada en *Las mil y una noches* . La había olvidado por completo. En un momento dado, el genio de la lámpara le pregunta a Abú, el protagonista, qué desea, y él le responde: comer las salchichas que preparaba mi madre. Es difícil desear bien, pero ese deseo me encantó. Cuanto más difícil es conseguir algo, más se fortalece la fantasía.

Mi marido preparaba chocolate caliente los domingos de invierno. Le salía espeso y a veces demasiado dulce. Después de su muerte, cuando probé un submarino aguachento en una confitería, sentí una mezcla de desprecio, asombro y tristeza. Le pedí al mozo que me lo cambiara por un café. También la comida es un lenguaje.

Apenas terminaron de pasar los créditos, llamé a mi hijo, el del perro, y le dije que tenía una película bárbara para recomendarle a mis nietas.

Quiso saber de qué año era.

No le dije de 1940.

Chantal Akerman, una mujer en tiempo de descuento

Estaba en la cocina, como siempre, tomando café, como siempre, cuando llamó Luisa. Como siempre. Delante mío tenía una tostada de pan negro y el resto del día.

¿Qué te parece si nos vamos de viaje?, me saludó.

Me quedé muda, como si nunca hubiese escuchado una propuesta igual. Llevo más de una década sin salir de la ciudad.

¿Viajar a dónde, Luisa?

A donde vos digas, me da lo mismo.

Hice una mueca que nadie vio y después quedé petrificada por miedo a que un solo movimiento más pudiese desatar el alud de sentimientos que mantenía a raya.

¿Viajar, Luisa, a esta altura del partido?, y mordisqueé la tostada, crujiente y ya fría, para recuperar movilidad. Noté que el pulso se me había acelerado, como si hubiese estado saltando sin darme cuenta.

¿Me vas a responder o no?, insistió.

Te estoy respondiendo, insistí yo.

¿Entonces?

¿Entonces qué?

¿Nos vamos de viaje? Compré unas zapatillas fluorescentes fabulosas, deberías hacer lo mismo.

Traté de imaginar qué pensaría el mundo si nos viese a Luisa y a mí en un aeropuerto, intentando leer la pantalla de vuelos con los ojos entrecerrados y zapatillas luminosas. Supuse que no mucho, probablemente nada. Además, ¿desde cuándo me importa el mundo?

Pasé la tarde en el Museo de Bellas Artes. Cambiaron algunas obras de lugar, creo que es una estrategia para que se les vuelva a prestar atención. Yo jamás miro las fotos que tengo sobre la chimenea del living.

Los cuadros me ofrecen un lenguaje alternativo que puedo interpretar *a piacere* . Los artistas construyen otros idiomas que una aprende a leer: Lucio Fontana es un tajo sobre el lienzo; Gyula Kosice, la transparencia de una gota de acrílico; Antonio Seguí, hombrecitos apurados con sombrero.

Me perdí en el museo y terminé en la terraza con vista a la Facultad de Derecho. Le pregunté al guardia que estaba ahí si las baldosas sobre las que estábamos parados eran obra de algún artista; las ondas que tenían dibujadas formaban un patrón que me recordó a Burle Marx. El hombre tenía la cara redonda y alegre, un plato de bondad. Como si tuviese algo grande para decir, algo que iba a llevarle tiempo, cruzó los brazos por encima de su panza, abrió un poco más las piernas y me respondió: ¿Estas baldosas (golpecito de pie)? No, no creo, en mi barrio hay unas muy parecidas, deben ser de alguna fábrica.

Cuando volví a entrar a la sala, me quedé un rato mirando una obra de Alfredo Hlito. Los cuadros no tienen notas al pie, aclaraciones, a veces ni siquiera título. ¿Cómo se puede expresar, a puras pinceladas, el barullo que tenemos en la cabeza? ¿Cuándo se deja de pintar un lienzo? ¿Cuándo se deja de insistir?

Si alguna vez me internan, por favor que sea en un museo. Viviría feliz, distraída de mí misma.

Antes de irme, pasé por la tienda. Me entretuve mirando pañuelos con estampas de cuadros. La chica que atendía me preguntó tantas veces si me podía ayudar con algo que al final me sentí obligada a hacer una compra. Llevé un lápiz.

Para sortear las tres de la tarde, intenté ver si aún era capaz de reconocer a las otras que fui: mi yo a los 60, a los 40, a los 20, a los 8. Muchas de esas versiones aún me habitan, pero cuando llegué a la infancia, la niña que encontré resultó ser una extraña, alguien irrecuperable. Una vez leí que forjar un final es forjar un principio. Qué difícil forjar.

La luz de la cocina titila. No es una metáfora, es la bombita.

Últimamente, uso la expresión ¡qué bárbaro! para lo que sea: el color del día, el precio del queso fresco, las coincidencias, todo me es un poco ajeno. Los griegos llamaban bárbaros a los extranjeros, a los que sonaban bla bla bla. Por momentos siento que el mundo es un gran balbuceo, que solo sé pedacitos, hasta ahí nomás. Después, el misterio. Mis nietas ya notaron la muletilla y cada vez que se me

escapa un ¡qué bárbaro!, entre risas me hacen eco: ¡qué bárbaro!

No deja de sorprenderme lo cómoda que me siento en camisón, lo incómoda que me siento en camisón.

Lo del camisón, por supuesto, es anecdótico.

Joseph Kosuth, ¿qué es más real?, ¿la silla, el cuadro de la silla o la definición de la silla?

Salí a comprar bananas y yogurt para mis huesos. Sobre la ciudad se extendía un cielo celeste sin pliegues, liso como una sábana de hotel. Pasé por un jardín de infantes justo a la hora en que los chicos salían, las madres extendían alas y las bocinas protestaban. El ajetreo me resultó consolador y gracioso. En las dos cuadras siguientes, noté que la mercería renovó su vidriera con una colección de tijeras y botones, el tilo de la esquina empezó a florecer y en la avenida abrió un restaurante japonés. A la vuelta, el jardín estaba desierto y mi sombra era larguísima.

Recién al final de la sesión me animé a contarle al doctor Schussheim la propuesta de Luisa. Estaba convencida de que me iba a retrucar: ¿qué piensa usted? O: ¿de viaje a dónde? O incluso: ¿quién era Luisa? Pero no.

Me parece bárbaro, me respondió. ¿En qué fecha se iría?

Barnett Newman, campos de colores con el zip en el costelete

Piero della Francesca, todo se remonta a Piero della Francesca

- Dolor de rodillas y pies
- Pérdida de auriculares
- Pérdida de pasaporte
- Agotamiento
- Pereza
- Gente, mucha gente
- Probable caída

Esta es la lista de complicaciones que podría enfrentar en un viaje.

• Estocolmo, donde están las obras de Hilma af Klint
• Alsacia, donde está *El retablo de Isenheim* , de Matthias Grünewald
• Bruselas, donde está *La muerte de Marat* , de Jacques-Louise David
• Houston, donde está la capilla de Mark Rothko
• Padua, donde está la capilla de los Scrovegni
• Ravena, donde está el mausoleo de Gala Placidia
• Jerusalén, donde está el *Angelus Novus* , de Paul Klee

Esta es la lista de lugares a los que me gustaría viajar.

Por la tarde, mi hijo, el abogado, me llevó a una conferencia en un teatro. La expositora era una dramaturga fascinada con la inteligencia artificial, la NASA y la tecnología. Fui la única persona del público que se levantó antes de que terminase de hablar. Esperé a mi hijo tomando un café en la entrada del teatro. Volvió contento. Solo lo decepcionó que a mí no me hubiese gustado la charla tanto como a él.

Mientras conversábamos, me miraba fijo, fijo, como diciendo *¿qué te pasó ahí, ahí y ahí?* Me observaba como a veces lo hago yo, como si mi cuerpo fuese un vivac de emergencia. No lo soporté y le dije que tenía que ir al baño; la valentía se apuntala fácilmente cuando la edad psicológica coincide con la biológica, pero en cuanto llega el desfase, cuesta sostener la mirada. A decir verdad, en mi caso solo se acentuó la vergüenza; toda la vida me costó mirar de frente.

En pocos días, vuelvo a cumplir años. Parece cierto, entonces, que voy a vivir más de la cuenta. Voy a seguir entrando a lugares y la gente me va mirar con la cara abierta, como diciendo ¿vos por acá, *todavía* ?; la inquietud de un anacronismo en la mesa de al lado.

Creía que Alain Delon iba a ser siempre Alain Delon. Pero Nora me dijo que lo vio en una revista de este mes y no lo reconoció. Escribí en la computadora: ALAIN DELON y en cuanto puse la V de viejo el primer resultado que me arrojó la búsqueda fue: ALAIN DELON VIVE,

después ALAIN DELON VIVE AÚN y, finalmente, ALAIN DELON VIEJO. Otra anomalía cronológica. Nunca más un hombre.

Después de cierta edad, somos inmigrantes en el tiempo.

- Chequear vencimiento de pasaporte
- Hablar con ambos hijos
- Comprar medicación para dolores varios
- Reagendar turno con el oculista
- Comprar café
- Comprar zapatillas

La propuesta de Luisa se convirtió en mi *morrena* , término geográfico que aprendí hace poco gracias a un crucigrama. Refiere a un montón de piedras, arena, barro y otros materiales que erosiona, transporta y acumula un glaciar. No me la puedo sacar de encima. A veces creo que lo inesperado es una maldición y otras, una versión laica de la salvación.

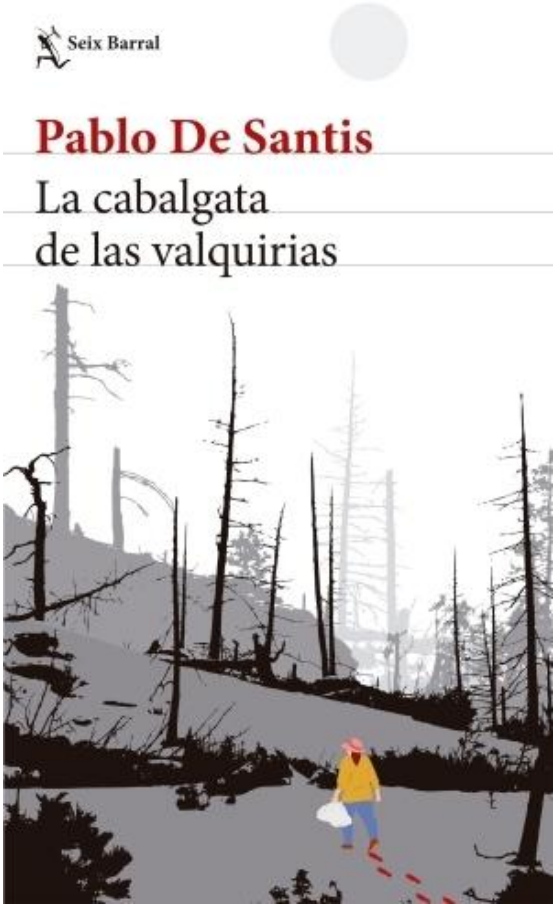
Estuve hojeando mi pasaporte, vence el año que viene. La foto 4 × 4 de frente, de mirada encandilada, grita internación. La firma es breve. Una vez, la profesora de arte contó que Picasso no podía firmar cheques porque su firma valía más que cualquier monto. Me impresionó muchísimo; la enormidad de ciertos artistas, la pequeñez de mi firma. No acostumbro a pensarme demasiado. Es como prestarle atención a la respiración, se vuelve antinatural y terminás ahogándote. Junto a la foto 4 x 4, leí mi nombre impreso. Es la palabra que me acompaña desde que nací, la que hace sonar a las demás. Mientras los audífonos me lo permitan, va a ser mi nombre el que me haga girar sobre mis pasos para seguir insistiendo: Ruth. Sinceramente, Ruth.

AGRADECIMIENTOS

A Federico Falco, Ana Navajas, Florencia Gattari, Maricel Santin, Gabriela Gastaldi, Leandro Calderone, Carlos Teixido, Tamara Talesnik, Acoidán Méndez y Belén Coluccio. Y a Leonor Susana Agulnik, desde siempre.

Grupo Planeta

¡Seguinos!



La cabalgata de las valquirias

Santis, Pablo de
9786316598158
296 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Descubrí el pueblo en el que la ceniza volcánica cubre un oscuro secreto.

Hace un año que la ceniza volcánica cubre Bosque Blanco, un pueblo turístico de la Patagonia. Los vuelos a la zona han sido cancelados; hoteles y restaurantes están vacíos, y una buena parte de la población ha debido marcharse. Cuando un hombre aparece asesinado al pie de un ciervo de bronce, los pobladores comprenden que los acecha algo aún peor que la ceniza que llega del volcán.

El narrador es el comisario Conrado Nebra, enviado a Bosque Blanco desde la capital de la provincia. Le han encargado encontrar al asesino antes de que resuelva el caso Gabriel Valeri, un subcomisario que fue considerado un héroe en el pasado, pero que está al borde de ser expulsado de la fuerza policial. Una amapola prensada, hallada en el bolsillo del cadáver, da idea a los dos investigadores (y adversarios) de que no se trata de un asesinato común: el crimen es parte de un mensaje sangriento que ha de continuar.

Pablo De Santis vuelve a sorprender con su gracia inigualable para desplegar tramas llenas de peripecia, cuyos personajes desgranan su encanto singular en reflexiones inteligentes y diálogos filosos. *La cabalgata de las valquirias* lo confirma como uno de los grandes escritores hispanoamericanos.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tumba de jaguares

Gorodischer, Angélica
9786316598318
248 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un fractal literario, con miras a un pasado que siempre vuelve.

Así como Jorge Luis Borges inventó *El Aleph* , un punto en un sótano

del sur de Buenos Aires que podía albergar la totalidad del universo, Angélica Gorodischer crea en *Tumba de jaguares* un fractal literario: novela que novela que novela. En ella, una mujer entrega su existencia a la escritura para escribir sobre una mujer que escribe sobre una mujer que escribe.

Tríptico anudado por la presencia ominosa de una habitación casi redonda de tan hexagonal, *Tumba de jaguares* explora la vida y la muerte de mujeres y hombres acosados por el pasado que vuelve, como los fantasmas.

"En las novelas –en las que valen la pena, que son las que dan la felicidad– hay esa historia que se cuenta pero también hay el contar y el canto. Lo sabemos quienes escribimos. Y también quienes leemos. Hay esa música que nos trama. Ese poner al cuerpo en contacto con otros cuerpos. Solamente lo logran los escritores más grandes. Como Angélica Gorodischer.

—**Gabriela Cabezón Cámara**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El salto de papá

Sivak, Martín Ernesto
9789507319303
312 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El 5 de diciembre de 1990 un grupo de obreros que levantaba un hotel en el centro de Buenos Aires vio cómo Jorge Sivak se lanzó al vacío sin darles tiempo a impedirlo. Era comunista y también banquero, y

ese día se había decretado la quiebra de su empresa. Del duelo que demoró un cuarto de siglo emerge esta historia única y universal de un padre y un hijo.

Martín Sivak, que en el momento del suicidio tenía quince años, reconstruye una vida que brilló y se extinguió ante sus ojos. Jorge había sido dirigente estudiantil, guerrillero urbano, abogado defensor de presos políticos, y él mismo preso político y exiliado. Pero nunca abandonó la empresa familiar, un pequeño imperio creado gracias a la habilidad mercantil de su padre y a los fondos secretos del Partido Comunista. Quedó a cargo —sin don para los negocios— cuando su hermano mayor fue asesinado en el secuestro más sonado de la década de 1980: el Caso Sivak.

El autor compartió con su padre el entusiasmo de emprendimientos comerciales absurdos, las aventuras políticas más delirantes y el fervor por Independiente. Con honestidad descarnada busca en la memoria, conversa con los personajes prodigiosos que trataron a su familia, revisa fotos y expedientes judiciales y escucha su voz en viejas grabaciones para salvar del naufragio de la memoria las preguntas que quedaron sin respuesta, preservadas tercamente por el amor.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un brazo y otros cuentos. Edición 2024

Kawabata, Yasunari
9786316598417
208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una antología que nos habla de la belleza, la muerte, y el respeto por las ceremonias.

Una joven se quita el brazo derecho para dejárselo por una noche al protagonista de "Un brazo", relato inaugural de esta antología. La narración sigue las acciones y pensamientos del hombre de mediana edad que lo recibe en el camino a su apartamento. Es un chispazo de absurdo en lo cotidiano, que le valió a su autor, Yasunari Kawabata, ser considerado uno de los exponentes de un "realismo mágico" en el Japón.

En esta antología coexisten los motivos centrales de la extensa producción del Premio Nobel de Literatura 1968: la crueldad de la belleza, mujeres fantasmales, los secretos del paisaje y la naturaleza, su obsesión por las relaciones sin herencia de sangre y el renacer del deseo, los niños pequeños y las jovencitas, el misterio de los moribundos y el respeto por las ceremonias.

"Tras esta lectura veo el finísimo humor de quien años atrás había escrito, en relatos y artículos, acerca de una muy particular necesidad de libertad en la expresión que tenía que ver con un asunto de la mayor intimidad para el artista. Se necesitaba de un espíritu siempre joven que estuviera en contra de las convenciones sociales. Dijo en algún lugar: 'Sin una rebelión contra las convenciones de la moral no puede existir literatura pura'." —Álvaro Robledo

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Sobre héroes y tumbas

Sabato, Ernesto
9789500433709
600 Páginas

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Considerada la mejor novela argentina del siglo XX, Sobre héroes y tumbas, publicada en 1961, consagró a Ernesto Sabato como escritor universal. En sus páginas indagó las verdades últimas que hay en el subsuelo del hombre; tradujo sus obsesiones más autobiográficas a las reflexiones sobre la historia nacional y profundizó la investigación de la relación entre la conciencia y el mundo exterior al sujeto. La

novela muestra a los últimos representantes de una familia oligárquica venida a menos, en la que se intercala la trágica historia de los seguidores del general Lavalle que una vez derrotados llevaron el cuerpo muerto de su jefe al exilio. Por un lado, Martín y Alejandra, que viven una relación tortuosa y atormentada, incapaces de escapar a un turbio destino: la predisposición genética de la familia de ella a la locura. Por otro, la historia de un incesto brutal y la asfixiante atmósfera en la que se debaten sus protagonistas. Pero esta novela narra mucho más: Sobre héroes y tumbas cuenta la invención de una trama siniestra protagonizada por una apócrifa organización de ciegos y, además, la necesaria decisión de huir a la Patagonia en busca de un renacimiento vital, de una nueva oportunidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)